

LITERATURA, RELIGIÓN Y POLÍTICA EN LA FRANCIA DEL SIGLO XIX: HIPPOLYTE TAINE

POR

ESTANISLAO CANTERO

*Para Luis Valiente, editor
amante incondicional de la ve rdad
histórica.*

Hippolyte Taine (1828-1893), de origen familiar pequeño burgués, provinciano, culto y católico, fue educado en la religión católica, pero a los quince años (1), dejándose llevar por el mal ambiente del colegio parisino al que fue enviado a realizar los estudios de liceo, abandona el catolicismo, aunque dice que todavía conserva “las creencias naturales, la de la existencia de Dios, la de la inmortalidad del alma, la de la ley del deber” (2). Cuatro años más tarde deja de creer en la *religión natural* que, por escaso tiempo aceptó, convencido del relativismo de toda creencia, y se encierra en un escepticismo para caer, poco después en el panteísmo y la admiración de Spinoza (3), cuyas doctrinas más tarde aceptaría a beneficio de inventario, y respecto al cual pronto mostró reticencias (4). Chevrillon estimó que sus lecturas no fueron

(1) Hippolyte TAINE, “Introduction de la Destinée humaine”, en H. TAINE, *Sa vie et sa correspondance. Correspondance de jeunesse. 1847-1853*, vol. I, Librairie Hachette, París, 4.ª ed., 1905, pág. 21; Mme. SAINT-RENÉ TAILLANDIER, *Mon oncle Taine*, Librairie Plon, París, 1942, pág. 68.

(2) H. TAINE, “Introduction de la Destinée humaine”, ed. cit., pág. 23.

(3) François LEGER, *Monsieur Taine*, Criterion, París, 1993, págs. 37 y 38.

(4) H. TAINE, “Carta a Prévost-Paradol, de 30 de marzo de 1849”, en *Sa vie et sa correspondance*, vol. I ed. cit., pág. 75.

ajenas a su abandono de la religión: “la lectura de los grandes autores de la antigüedad, que fundan la moral en la razón autónoma, contribuyó a alejarle de la fe de su infancia” (5).

Durante su etapa de estudiante en la *normale* fue “enemigo del catolicismo” y tenía una “obsesión anticatólica” (6) y, a lo largo de buena parte de su vida, dio suficientes muestras de lo que Leger, con cierto eufemismo, denomina “mal humor anticatólico” (7), y hasta de ateísmo, pues hubo un tiempo en el que ni siquiera podía soportar “la palabra Dios” (8). En 1849 le escribía a Prévost-Paradol: “Nada iguala mi asco cuando paso ante una de esas iglesias que apestan a incienso, llenas de una multitud de necios y de mujeres, que retumban con una música vulgar, ronca, gangosa y monótona, con todos esos frailotes de aspecto imbécil y perverso” (9). “La Iglesia —añadía— es una vieja coqueta que se pinta para atraer a sus amantes” (10). Al mismo amigo, en 1851, siendo ya profesor, le escribía desde Nevers, que al finalizar el curso, “al dejarme mis alumnos no creerán que veamos a Dios cara a cara y que el alma es un pequeño ser alojado en ninguna parte” (11). De ser cierto el hecho, a su beligerancia anticatólica se unía, tanto el fraude a la enseñanza que, no solamente no contemplaba la posibilidad de destruir la fe de los alumnos, sino que, expresamente, lo prohibía, como el desprecio a los mismos alumnos y a sus padres, que no querían tal enseñanza.

(5) André CHEVRILLON, *Taine, formation de sa pensée*, Librairie Plon, París, 1932, pág. 21.

(6) F. LEGER, *La jeunesse d'Hippolyte Taine*, prólogo de Philippe Aries, Editions Albatros, París, 1980, págs. 103 y 105.

(7) F. LEGER, *Monsieur Taine*, ed. cit., pág. 218.

(8) F. LEGER, *Monsieur Taine*, ed. cit., pág. 347.

(9) H. TAINE, “Carta a Prévost-Paradol” de 2 de marzo de 1849, citada por Leger (F. LEGER, *La jeunesse d'Hippolyte Taine*, ed. cit., pág. 91), que lo toma de la obra de Pierre Guiral sobre Prévost-Paradol, pues ese párrafo fue censurado en la edición de su Correspondencia aquí manejada.

(10) H. TAINE, citado por Simon JEUNE, *Poésie et système. Taine interprète de La Fontaine*, Armand Colin, París, 1968, pág. 19. Se trata de un texto suprimido en la edición de su Correspondencia aquí utilizada y que toma de la obra de Guiral.

(11) H. TAINE, “Carta a Prévost-Paradol, de 30 de octubre de 1851”, en *Sa vie et sa correspondance*, vol. I, ed. cit., pág. 146.

Anticlerical, aunque no radical, tuvo fama de librepensador entre los mismos librepensadores hasta la aparición de los volúmenes sobre la Revolución, y su filosofía fue criticada y combatida por los católicos, por amoral, panteísta o materialista. En 1852, se refería a un *Te Deum* al que tuvo que asistir, con la expresión de conjunto de “muecas” (12). Ya en plena madurez, equiparaba el espíritu revolucionario al clerical —“en ambos hay resortes parecidos, el gusto por los principios admitidos de antemano, la aversión a la experiencia, la ignorancia de la historia, la obediencia a frases definitivas, el instinto de la tiranía, la aptitud a la esclavitud; se concluiría que no se puede combatir el uno con el otro, sino que hay que combatir a ambos” (13)—, y si rechazaba el radicalismo, consideraba peor al clericalismo: “Si hay que optar entre el radicalismo y el clericalismo ¡Qué tristeza! El primero es la sarna y el segundo la peste. Prefiero la sarna” (14).

Como ha observado Seys, “Taine se apoya en una visión panteísta del mundo, cuya primera inspiración es espinozista, que rechaza violentamente toda visión creacionista de inspiración espiritualista”, y al “admitir que la causa de un hecho es otro hecho del mismo orden, excluye toda explicación trascendente y busca en el mismo interior de la cosas la razón de su aparición” (15).

Suspendido en su examen para obtener una de las dos plazas existentes de profesor agregado de filosofía en la universidad de París —bien por rechazo de la ortodoxia de la enseñanza oficial a sus ideas (16), bien, imbuido de su propia superioridad, insistiendo en mantener dogmáticamente un pensamiento propio (17)—,

(12) H. TAINE, “Carta a su madre, 1 de enero de 1852”, en *Sa vie et sa correspondance...*, vol. I, ed. cit., pág. 188.

(13) H. TAINE, “Carta al director del *Journal des Débats*, 9 de diciembre de 1872”, en *Sa vie et sa correspondance*, vol. III, *L’Historien (1870-1875)*, Librairie Hachette et Cie., 2.^a ed., París, 1905, pág. 215.

(14) H. TAINE, “Carta a su mujer, 28 de junio de 1873”, en *Sa vie et sa correspondance*, vol. III, ed. cit., pág. 233.

(15) Pascale SEYS, *Hippolyte Taine et l’avènement du naturalisme. Un intellectuel sous le Second Empire*, L’Harmattan, París, 1999, pág. 10; ver págs. 128-130.

(16) Así lo creía Taine (G. SAINT-RENÉ TAILLANDIER, *Auprès de M. Taine. Souvenirs et vues sur l’homme et l’oeuvre*, Librairie Hachette, París, 1928, pág. 60).

(17) F. LEGER, *La jeunesse d’Hippolyte Taine*, ed. cit., págs. 124-125 y *Monsieur Taine*, ed. cit., págs. 62-63.

obtuvo un puesto en la enseñanza secundaria, como suplente, en octubre de 1851 en el colegio de Nevers, y entrado el año siguiente, en el mes de abril, en el liceo de Poitiers. En octubre de ese mismo año, decide ir a París y vivir de su pluma, bien es verdad que con el apoyo de una renta de mil doscientos francos anuales, proporcionada por el capital heredado de su padre, fallecido en 1840. Su alejamiento de la política no le impidió mostrarse contrario al golpe de Estado de diciembre de 1851 y no jurar fidelidad al nuevo Presidente en su puesto de profesor en Nevers (18), aunque ya en Poitiers sí lo hizo, una vez refrendado aquel poder por la soberanía popular expresada en el sufragio universal (19). En 1853 se doctora en letras con una tesis sobre La Fontaine y durante tres años asistirá a las clases de las facultades de Ciencias y de Medicina. Años después, en 1864, será nombrado profesor de Historia del Arte en la Escuela de Bellas Artes, dando lugar sus lecciones a la *Filosofía del Arte*, y, en 1866, obtendrá el nombramiento de caballero de la Legión de Honor. El 14 de noviembre de 1878 será elegido académico de la Academia francesa.

Para unos, como Giraud, que creyó percibir “un fondo de exaltación mística dispersa en su obra”, Taine tuvo una “fe completamente religiosa en la «Ciencia»” (20), o como su sobrino Chevillon, la idea de que la ciencia en la que cree terminará explicando todo, actuaba en Taine “al modo de la idea religiosa”, hasta el punto de que “no sólo la ciencia es su religión, sino que ve en ella la religión del futuro” (21). Para otros, como Faguet, la originalidad de Taine consistió en que “no amaba más que la ciencia, pero sin creer, o, dicho de otro modo, no creía más que en la ciencia, pero sin esperar nada”; al contrario que aquellos de sus contemporáneos que se dejaron seducir entusiasmadamente por el

(18) H. TAINÉ, “Carta a Virginie Taine, 18 de diciembre de 1851”, en *Sa vie et sa correspondance*, ed. cit., tomo I, págs. 175-176.

(19) H. TAINÉ, “Carta a su madre, 7 de junio de 1852”, en *Sa vie et sa correspondance*, ed. cit., tomo I, pág. 265.

(20) VICTOR GIRAUD, *Essai sur Taine. Son oeuvre et son influence d'après des documents inédits*, Librairie Hachette et Cie., 2.^a ed., París, 1901, pág. 19; cfr. pág. 210.

(21) ANDRÉ CHEVILLON, “La jeunesse de Taine”, *La Revue de Paris*, 1 y 15 de julio de 1902 (págs. 5-30 y 341-371), pág. 24.

cientificismo, convirtiéndolo en una fe, Taine tuvo respecto a la ciencia “la piedad sin fe, el celo sin la creencia”, y de ahí, concluye Faguet, su radical pesimismo (22). Pesimismo resaltado por Schaepe-dryver, que —aunque negado por otros autores, como Boutmy, que lo calificaba sólo de “triste” (23), Bourdeau (24), Boosten (25), Weinstein, que lo negaba a largo plazo, fundado en que Taine creía que la inteligencia humana no tenía límites (26), o Giraud, aunque éste después de negarlo, terminaría admitiéndolo (27)—, bien pudiera tener su origen en la observación hecha por Margerie, conforme a la cual, al prescindir de Dios y haber concebido el mundo “como un sistema cerrado y autosuficiente”, en cuya naturaleza ciega “coloca al hombre como una de sus partes y como un movimiento infinitamente pequeño, perdido en esos movimientos infinitos en extensión, eternos en su duración, como un movimiento determinado por éstos, determinado y pasajero igual que ellos, diferenciado de ellos únicamente por el accidente y el *epifenómeno* de la conciencia y el pensamiento”, el resultado no podía ser otro que una vida desgraciada (28).

De modo similar a Vigny, la desesperanza y el sentimiento de creerse superior al resto de casi todos los mortales, no eran lo más propicio para que abriera su ser a lo sobrenatural y pudiera recu-

(22) Emile FAGUET, *Politiques et moralistes du dix-neuvième siècle. Troisième série*, Société Française D’Imprimerie et de Librairie, 6.^a ed., París, 1903, págs. 310 y 311.

(23) Emile BOUTMY, *Taine, Scherer, Laboulaye*, Librairie Armand Colin, París, 1901, pág. 47.

(24) Jean BOURDEAU, *Les maîtres de la pensée contemporaine*, Félix Alcan, París, 1904, pág. 52.

(25) A juicio de Boosten, del pesimismo inicial, manifestado plenamente en *Graindorge*, Taine evolucionó hacia un optimismo expresado en *Les origines*, con su pretensión de evitar a sus contemporáneos los males en que Francia había caído con anterioridad (Joseph Petrus BOOSTEN, *Taine et Renan et l’idée de Dieu*, Druk Firma Boosten et Stols, Maastricht, 1936, págs. 104-114); y excluye su pesimismo porque le parece incompatible con la confianza de Taine en la razón (pág. 111).

(26) Leo WEINSTEIN, *Hippolyte Taine*, Twayne Publishers, Nueva York, 1972, pág. 43.

(27) Victor GIRAUD, *Hippolyte Taine. Études et documents*, Librairie Philosophique J. Vrin, París, 1928, págs. 84-102 y 120, 151.

(28) Amédée de MARGERIE, *H. Taine*, Librairie Ch. Poussielgue, París, 1894, pág. 198.

perar la fe perdida. Quizá en esto tuviera un fondo romántico muy arraigado (29), como Schaeppdryver puso de manifiesto (30), si bien, como había indicado Babbitt, se trataba de un romanticismo desilusionado (31). Aduce Schaeppdryver, además del tono general de su obra, textos en los que plasma su elogio y admiración hacia Musset. Taine, al final de su *Historia de la Literatura Inglesa*, escribió: “Lo conocemos de memoria. Murió, pero nos parece que todos los días le oímos hablar. (...) ¿Hubo jamás acento más vibrante y más verdadero? Al menos no mintió nunca. Sólo dijo lo que sintió y lo dijo cómo lo sentía. Pensó en voz alta. Hizo la confesión de todo el mundo. No sólo se le ha admirado; se le ha amado. Era más que un poeta, era un hombre. Cada uno encontraba en él sus propios sentimientos, los más huidizos, los más íntimos”. Fue “el más amado, el más brillante de nosotros (...)”. Todavía le amamos, no podemos escuchar a otro; a su lado, todos nos parecen fríos o mentirosos” (32). Su pesimismo y su tristeza estarían, así, alimentados por el poeta del desencanto y la desesperanza.

Pe ro como quiera que fuera, la ciencia sustituyó a la religión: “Creo que la ciencia absoluta, encadenada, geométrica, es posible” (33); “la ciencia es un ancla que fija al hombre; quien no la tiene puede ser empujado a los escollos que se temen menos” (34). En 1864, al dar cuenta de la segunda edición del *Curso de Com-*

(29) Fueter insistió en la influencia del romanticismo en Taine (ED. FUETER, *Geschichte der neuen historiographie*, trad. esp., *Historia de la historiografía moderna*, Editorial Nova, Buenos Aires, s.f., vol. II, págs. 263, 264, 266, 267, 268).

(30) Carolus De SCHAEPPDRYVER, *Hippolyte Taine. Essai sur l'unité de sa pensée*, Librairie E. Droz, París, 1938, pág. 97.

Para Jeune la sensibilidad poética de Taine “es profundamente romántica” (S. JEUNE, *Poésie et système...*, ed. cit., pág. 116).

(31) Irving BABBITT, *The masters of modern french criticism* (1912), Introducción de Milton Hindus, Noonday Press, Nueva York, 1963, págs. 232-233.

(32) H. TAINE, *Histoire de la Littérature Anglaise*, vol. V, 2.^a ed., Librairie L. Hachette et Cie., París, 1869, págs. 466 y 468.

(33) H. TAINE, “Carta a Prévost-Paradol, de 22 de febrero de 1849”, en *Sa vie et sa correspondance*, vol. I, ed. cit., pág. 47.

(34) H. TAINE, “Carta a Prévost-Paradol, de 18 de abril de 1849”, en *Sa vie et sa correspondance*, vol. I, ed. cit., pág. 83.

te (35), escribía: “el nacimiento y el desarrollo de las ciencias positivas es, desde hace tres siglos, el acontecimiento capital de la historia. Ninguna otra construcción humana, ni el Estado, ni la religión, ni la literatura, pueden considerarse inmovibles (...). Por el contrario, el aumento de las ciencias es infinito (...) Se puede prever que llegará un tiempo en que reinen soberanamente, tanto sobre todo el pensamiento como sobre toda la acción del hombre, sin dejar a sus rivales más que una existencia rudimentaria, parecida a la de los órganos imperceptibles que, en una planta o en un animal, desaparecen casi absorbidos por el inmenso aumento de sus vecinos” (36). Algo muy parecido escribirá en su *Voyage en Italie*: “las ciencias experimentales y progresivas, son ahora reconocidas como las únicas dueñas legítimas del espíritu humano y las únicas guías ciertas de la acción humana” (37). Y en 1878, en carta a Ernest Havet, le decía: “La Reina legítima del mundo y del porvenir no es lo que en 1789 se llamaba la *Razón*, sino lo que en 1878 se llama la *Ciencia*” (38).

Panteísta (39), ecléctico, determinista (40) *sui generis* (41), científicista que proclama la incompatibilidad entre religión y filosofía, entre razón y fe (42)— “Taine rechaza el catolicismo

(35) Me he ocupado de Comte en E. CANTERO, “Literatura, religión y política en la Francia del siglo XIX: Auguste Comte”, *Verbo*, núm. 443-444, marzo-abril 2006, págs. 293-315.

(36) H. TAINE, “Artículo sobre el *Cours de philosophie positive*”, en *Débats*, 6 de julio de 1864, citado por V. GIRAUD, *Essai sur Taine*, ed. cit., pág. 63.

(37) H. TAINE, *Voyage en Italie*, Librairie Hachette, 17.^a ed., París, s.f., tomo II, *Florence et Venise*, págs. 243-244.

(38) H. TAINE, “Carta a Ernest Havet, 24 de marzo de 1878”, en *Sa vie et sa correspondance*, tomo IV, *L'historien (suite). Les dernières années (1876-1893)*, Librairie Hachette et Cie., París, 1907, pág. 47.

(39) Paul NEVE, *La Philosophie de Taine. Essai critique*, Librairie Victor Lacroix, París, 1908, págs. 42-46.

(40) Juicio muy común, así A. LABORDE-MILAA, *Hippolyte Taine. Essai d'une Biographie intellectuelle*, Librairie Académique Perrin et Cie., París, 1909, págs. 104-105, 207-209; o Fortunat STROWSKI, *Tableau de la Littérature Française au XIXe siècle et au XXe siècle* (1912), Mellortée Editeur, París, s. d. (pero 1925), pág. 385.

(41) Una síntesis en castellano sobre su filosofía positivista en Teófilo URDANOZ, O.P., *Historia de la Filosofía*, BAC, Madrid, 1975, vol. V, págs. 339-348. Estudios recientes intentan moderar sustancialmente el singular determinismo de Taine, como el ya citado de SEYS o el de Jean-Thomas NORDMANN, *Taine et la critique scientifique*, PUF, París, 1992.

(42) H. TAINE, *Essais de critique et d'histoire*, trad. esp. *Ensayos de crítica y de historia*, Aguilar, Madrid, 1953, págs. 165-173.

porque le parece incompatible con la ciencia” (43)—, en 1860, después de una estancia en Inglaterra, se convierte en admirador del protestantismo (44), admiración que ya nunca abandonará, aunque tras la revolución de 1871, al indagar en las causas de la situación francesa, en *Los orígenes*, el estudio de la historia le curó de su, hasta entonces, aprecio de la Revolución francesa y propició que mostrara simpatía e, incluso en ocasiones, hasta entusiasmo, hacia el catolicismo como factor histórico de civilización.

Fue el estudio de la Revolución el que le descubrió un mundo nuevo que, hasta entonces, había desconocido, pues con anterioridad, como manifestó en diversas ocasiones, “pensaba como la mayoría de los franceses (...). Es el estudio de la historia —prosigue— el que me ha hecho iconoclasta”, y con lo que comprendió que “los principios del 89” “son falsos y perjudiciales” (45). Al término de los capítulos sobre el nuevo régimen, al tratar de la Iglesia, escribió cosas como estas: “El cristianismo católico y francés”, “se ha avivado en el clero, sobre todo en el clero secular, pero se ha enfriado en el mundo y, sobre todo, es en el mundo donde su calor es necesario” (46). Páginas antes, refiriéndose al “aporte del cristianismo a las sociedades modernas en cuanto al pudor, a la dulzura de humanidad, a la honestidad, la buena fe y la justicia”, había indicado que “ni la razón filosófica, ni la cultura artística y literaria, ni, incluso, el honor feudal, militar y caballeresco, ningún código, ninguna administración, ningún gobierno, son

(43) Eric GASPARDINI, *La pensée politique d'Hippolyte Taine: entre traditionalisme et libéralisme*, Presses Universitaires d'Aix-Marseille, Aix en Provence, 1993, pág. 60.

(44) Los Goncourt indicaban que en los años 63 y 64, Taine se inclinaba hacia el protestantismo, tal como lo manifestaba a los amigos en las comidas de Magny, Edmond y Jules de GONCOURT, *Journal. Mémoires de la vie littéraire*, prólogo y cronología de Robert Kopp, prefacio de la Academia Goncourt e introducción y notas de Robert Ricatte, Robert Laffont (col. Bouquins), París, 1989, vol. I, pág. 946.

(45) H. TAINE, “Carta a Ernest Havet, 24 de marzo de 1878”, en *Sa vie et sa correspondance...*, ed. cit., tomo IV, pág. 44. En similares términos en cartas a “M. N., 27 de marzo de 18978” (ibidem, pág. 47), a “Gabriel Monod, 6 de julio de 1881” (ibidem, pág. 122), o a “Georges Saint-Rene Taillandier, 20 de julio de 1881” (ibidem, pág. 126).

(46) H. TAINE, *Les origines de la France Contemporaine*, vol. XI, *Le Régime moderne*, tomo 3.º, 29.ª ed., Hachette, París, 1930, pág. 188.

suficientes para suplir tal servicio. Nada como él para mantenernos en nuestra propensión natural, para obstaculizar el deslizamiento insensible por el que continuamente y con todo su peso original nuestra raza retrocede hacia sus bajos fondos; y el viejo Evangelio, cualquiera que sea su envoltura presente, es, todavía hoy, el mejor auxiliar del instinto social” (47).

Con todo, no era más que un aprecio utilitario de la religión católica y no llegó a recuperar la fe de su infancia, a pesar de “las discretas gestiones intentadas” para recuperar al, según algunos, “cristiano sin saberlo” (48). Y es que era imposible que pudiera recuperar la fe porque Taine se encerraba en su marcoaurelismo (49). De hecho su “actitud interior”, como vio Schaeppdryver, fue permanentemente contraria al cristianismo (50) y, especialmente, al catolicismo (51). Como destacaron diversos autores, incluso en esos textos en los que se reconoce el alto valor social del cristianismo, “no hay ninguna palabra que testimonie que Taine aceptara alguna verdad contenida en la revelación cristiana (...); lo que aprueba no es más que la parte de beneficencia social” (52). Como indicó Boosten (53), Taine nunca se preguntó “si ese espiritualismo cristiano, que es el sostén necesario de un estado social que es el que mejor responde a la naturaleza humana, es, quizá, cierto” (54).

(47) H. TAINE, *Les origines de la France Contemporaine*, vol. XI, ed. cit., pág. 147.

Algunos años antes, en parecidos términos se había referido a la Iglesia como “saludable y protectora”, “freno contra el espíritu de revuelta y las codicias sensuales” (H. TAINE, *Voyage en Italie*, ed. cit., vol. I, *Naples et Rome*, pág. 385).

(48) Mme. SAINT-RENÉ TAILLANDIER, *Mon oncle Taine*, ed. cit., pág. 55.

(49) En opinión de Lévy-Bruhl, uno de los primeros en referirse a ello, Taine tenía “el alma de un verdadero estoico que escogió a Marco Aurelio como modelo de vida” (LUCIEN LÉVY-BRUHL, *History of Modern Philosophy in France* (1899), Burt Franklin, Nueva York, 1971, pág. 424).

(50) C. DE SCHAEPPDRYVER, *Hippolyte Taine. Essai sur l'unité de sa pensée*, ed. cit., pág. 81.

(51) J. P. BOOSTEN, *Taine et Renan et l'idée de Dieu*, ed. cit., págs. 159-198.

(52) J. P. BOOSTEN, *Taine et Renan et l'idée de Dieu*, ed. cit., pág. 194.

(53) J. P. BOOSTEN, *Taine et Renan et l'idée de Dieu*, ed. cit., pág. 195.

(54) Bourget, que le disculpaba debido a las circunstancias de la época, entendía que Taine permaneció “indiferente” al problema religioso toda su vida (PAUL BOURGET, “Les deux Taine”, en *Études et Portraits. Sociologie et Littérature*, Plon-Nourrit et Cie., París, 1906, págs. 99-112).

Además, Taine compartía con los historiadores de las religiones de principios del siglo XIX, sobre todo alemanes, la idea de la relatividad de las religiones (55), lo que unido a una ironía, cuando menos irreverente, constituían otros obstáculos para allanar el camino hacia la recuperación de la fe. En *La Fontaine et ses fables*, escribía: “En el fondo, tal mundo, tal idea de Dios. De modo que la idea de Dios varía con los cambios del mundo. En general, en un siglo o en una raza, se concibe al soberano celeste a imagen del soberano terrestre, mejor dicho, se concibe el *poder* de un cierto modo y se les modela a ambos según esa concepción” (56); y respecto a Francia en el siglo XVII, añadía: “Dios es ahora razonable; ha aprendido mucho. Pero aún no ha aprendido todo. Todavía es muy de su siglo para parecerse al soberano moderno” (57).

En los mismos *Orígenes* en los que consignó un juicio histórico muy favorable a la Iglesia y a la religión católica, sin embargo, refiriéndose a la Restauración y al Segundo Imperio, escribió, respecto al Estado y la Iglesia: “las dos centralizaciones, una eclesiástica y la otra laica, las dos crecientes y prodigiosamente incrementadas desde hace un siglo, se unen ambas para abrumar al individuo; es vigilado, perseguido, asido, gobernado, coaccionado hasta en su fuero íntimo” (58); y “los dogmas de la Transubstanciación y de la infalibilidad del Papa son, precisamente, los mejores para impedir para siempre toda reconciliación de la ciencia y de la fe” (59).

Pocos años antes de su muerte le escribía al vizconde de Vogüé: “Me he traído mi Evangelio, Marco Aurelio. Es nuestro Evangelio para nosotros que hemos transitado la filosofía y las ciencias. Dice a las personas de nuestra cultura lo que Jesús dice al pueblo. (...) He ahí el testamento supremo de toda la antigüe-

(55) S. JEUNE, *Poésie et système...*, ed. cit., pág. 118.

(56) H. TAINE, *La Fontaine et ses fables*, 24 ed., Librairie Hachette, París, s.d., págs. 209-210.

(57) H. TAINE, *La Fontaine et ses fables*, ed. cit., pág. 213.

(58) H. TAINE, *Les origines de la France Contemporaine*, vol. XI, ed. cit., págs. 170-171.

(59) H. TAINE, *Les origines de la France Contemporaine*, vol. XI, ed. cit., págs. 175-176.

dad, de un mundo más sano que el nuestro (...). Un viejo como yo encuentra precisamente, con el salvador perfecto, el alimento final que le hace falta” (60). Su muerte como protestante (61), fue sólo apariencia, pues a pesar de que dispuso que en sus exequias oficiara el pastor protestante Roger Holbard, no llegó a abrazar la religión reformada (62), pese a que dos años antes de su muerte, en 1891, había escrito: “lo que me parece incompatible con la ciencia moderna no es el cristianismo, sino el catolicismo actual y romano; al contrario, con el protestantismo amplio y liberal, la conciliación es posible” (63).

Y es que, a pesar de su método (o, más bien, debido a él), en el que la *abstracción* era capital (64), no fue capaz de “abstraer” de los hechos, de la realidad histórica que descubría, lo que ésta mostraba de sobrenatural y de presencia de Dios en las obras de la Iglesia. Como ha indicado Gasparini, el interés de Taine y su aprecio de la religión católica en *Los orígenes*, no estuvo motivado “por un hipotético acercamiento al cristianismo, sino por la voluntad de llevar a su fin la observación científica e histórica de la Francia contemporánea” (65). Su sobrina, que le conoció bien, dijo que “quiso hacer labor de historiador, conocer la Iglesia, liberándose, para ello, de cualquier prejuicio”, pero —añade— “lo hizo como el habitante de otro planeta que viene, sin *parti pris*, a observar y aprender” (66). Su nueva percepción de lo religioso apreciada en la historia, en expresión de Giraud, fue una “*apologética experimental*”, que no le hizo ir más allá de ser “un simple *apologeta*

(60) H. TAINE, “Carta a E.M. de Vogüé, de 20 de octubre de 1888”, en *Sa vie et sa correspondance...*, ed. cit., tomo IV, pág. 274.

(61) F. LEGER, *Monsieur Taine*, ed. cit., pág. 480.

(62) Maxime LEROY, *Taine*, Les Éditions Rieder, París, 1933, págs. 210-211.

(63) H. TAINE, “Carta a Georges Lyon, de 9 de diciembre de 1891”, en V. GIRAUD, *Hippolyte Taine. Études et documents*, ed. cit., pág. 82.

(64) H. TAINE, *Les Philosophes Classiques du XIX^e siècle en France*, Librairie Hachette et Cie., 11.^a ed., París, 1912, págs. 157-178; *Le positivisme anglais, étude sur Stuart Mill*, Germer Baillière Libraire-Éditeur, París, 1864, II,II, págs. 115 y sigs.

(65) E. GASPARINI, *La pensée politique d'Hippolyte Taine...*, ed. cit., pág. 69. En parecido sentido, R. GIBAUDAN (*Les idées sociales de Taine*, Editions Argo, París, 1928, págs. 170-171) o MARGERIE (*H. Taine*, ed. cit., pág. 333).

(66) Mme. SAINT-RENÉ TAILLANDIER, *Mon oncle Taine*, ed. cit., pág. 56.

desde fuera”, a consecuencia de su persistencia en la idea, forjada a los veinte años, de la contradicción absoluta entre la ciencia y la fe católica, y que como un círculo cerrado sobre sí mismo, se interponía entre la realidad y Taine (67).

Su vida privada, durante algún tiempo, tampoco fue ejemplar, aunque mucho menos desarreglada que la de buena parte de los escritores e intelectuales de su siglo. Antes de contraer matrimonio con Teresa Denuelle, tuvo una larga relación de cinco años con Elise Krinitz —que escribió algunas obras con el nombre de Camille Selden—, con la que, finalmente, se negó a casarse. A instancias de la familia de la novia, el 8 de junio de 1868 contrajeron matrimonio canónico, si bien Taine para evitar las críticas de sus amigos librepensadores fue parco en las invitaciones (68). Antes de contraer matrimonio las juergas no le fueron ajenas y, partidario durante mucho tiempo de la separación y diferenciación del amor y del acto sexual, realizaba “ejercicios higiénicos” bimestrales (69). Mundano, ambicioso y pagado de sí mismo, no fue capaz de ver la verdad sobrenatural del amor de Cristo que, plasmado en obras, instituciones y personas, describió en *Los orígenes*, o, quizá, no quiso recorrer hasta el final el camino que lleva a su encuentro.

Taine fue, sin duda, de una gran inteligencia, como lo atestiguan sus amigos y compañeros de estudios y sus profesores, de los que recibió elogios como nunca, antes de él, los obtuvo ningún otro alumno (70); el ser considerado el número uno de su promoción de la *École normale*. Su sed de saber, nunca saciada, está bien reflejada en la impresionante envergadura de sus estudios filosóficos durante los tres años de la *normale* (71); a juicio de Chevri-llon, desde muy joven le dominó una *pasión*, la pasión intelectual de conocer (72). Pero también, ya en esos años —incluso en los

(67) Victor GIRAUD, *Essai sur Taine*, ed. cit., pág. 101.

(68) F. LEGER, *Monsieur Taine*, ed. cit., pág. 377.

(69) F. LEGER, *Monsieur Taine*, ed. cit., págs. 260 y 338.

(70) Así, el de Vacherot (F. LEGER, *La jeunesse d'Hippolyte Taine*, ed. cit., págs. 108-109).

(71) P. SEYS, *Hippolyte Taine et l'avènement...*, ed. cit., págs. 43-44.

(72) André CHEVRILLON, “La jeunesse de Taine”, *La Revue de Paris*, 1 y 15 de julio de 1902 (págs. 5-30 y 341-371), pág. 18.

del liceo si *Etienne Mayran* (73) refleja su propia personalidad como se ha dicho con frecuencia (74)—, tenía una voluntad firme apoyada en lo que creía ser un sistema de pensamiento completo en virtud del cual era imposible apartarle de la elección que hubiera hecho (75).

En sus años mozos, le escribe a Prévost-Paradol: “La verdad no se me escapa, tengo el principio; no tengo la explicación universal, pero tengo el principio de esa explicación (...). No puedo creer que mi certidumbre me engañe, porque sabiendo ahora el principio y la causa del error, el método que he seguido ha sido calculado necesariamente de modo que evite por sí mismo el error. No puedo ser sacado de mis creencias por alguna contradicción con otro principio, ya que el mío es el único que admito y del que deduzco todos los demás, ya que en su propia naturaleza está la conciliación de los contrarios, ya que, en fin, todas mis nuevas investigaciones sobre diferentes materias aportan nuevos apoyos a mis primeras pruebas” (76). Su pensamiento y su filosofía estaban ya, plenamente hechos en sus líneas maestras, durante su etapa de estudiante (77): “sus concepciones dominantes —escribe Chevrillon— se forjaron muy pronto, no variaron y dirigieron toda su obra” (78). Por su parte, Schaeppdryver mostró la esencial unidad del pensamiento de Taine, antes y después de 1870; unidad esencial compatible con las contradicciones que cabe apreciar a lo largo de su evolución, puestas de manifiesto por Evans.

(73) H. TAINE, *Étienne Mayran —fragments—*, prólogo de Paul Bourget, Librairie Hachette et Cie., París, 1910, págs. 175-196.

(74) Entre otros muchos, A. CHEVRILLON, *Taine, formation de sa pensée*, ed. cit., págs. 14 y sigs., o COLIN EVANS, *Taine. Essai de biographie intérieure*, Librairie Nizet, París, 1975, pág. 136.

(75) ALBERT THIBAUDET, *Histoire de la littérature française de 1789 à nos jours*, Editions Stock, Delamain et Boutelleau, París, 1946, pág. 347; P. SEYS, *Hippolyte Taine et...*, ed. cit., págs. 30 y 38.

(76) H. TAINE, “Carta a Prévost-Paradol, de 30 de marzo de 1849”, en *Sa vie et sa correspondance*, vol. I, ed. cit., págs. 71 y 72.

(77) M. LEROY, *Taine*, ed. cit., pág. 116.

(78) A. CHEVRILLON, *Taine, formation de sa pensée*, ed. cit., págs. IV y 87. Esta observación es frecuente; así, entre otros, Paul-Victor RUBOW, *Hippolyte Taine. Etapes de son oeuvre*, Levin et Munksgaard y Librairie Ancienne Honoré Champion, Copenhague, 1930, págs. 17 y 79.

No han faltado quienes, además de su sobrina, le han caracterizado por su modestia, como Faguet, alegando que “su sistema no salía de sí mismo, del yo, sino que provenía de fuera, del no yo” (79), Monod (80) o Boutmy, que destaca su humildad (81). Pero aunque así fuera en su carácter personal, es lo cierto que en cuanto a las ideas que profesaba, intelectualmente, se sabía superior y se lo creía, y no daba su brazo a torcer. En su juventud pensaba “que los hombres son, en su mayoría, tan malos, tan despreciables y tan estúpidos, que es necesario poder hablar consigo mismo”, y que había llegado “a un gran desprecio de los hombres, aunque conservando una gran admiración hacia la naturaleza humana; los encuentro ridículos, impotentes, apasionados como niños, tontos y vanidosos, y, sobre todo, necios a fuerza de prejuicios; guardando siempre las formas exteriores de la cortesía, me río por lo bajo, hasta tal punto los encuentro feos e idiotas” (82). Esta singular misantropía no le abandonó nunca.

No es, pues, absurdo, pensar que fue, también, una hipertrofia del yo —quizá de procedencia romántica— unida a una mala formación religiosa (83) y a un exceso de racionalismo —en este aparentemente ardiente empirista— la que le llevó a perder la fe. En 1848, refiriéndose a sus quince años, escribía: “Era cristiano y nunca me había preguntado lo que vale esta vida, de dónde venía, lo que debía hacer... La razón apareció en mí como una luz; empecé a sospechar que había algo más allá de lo que había visto; me puse a buscar a tientas, como en las tinieblas. Lo primero que se derrumbó ante este espíritu de examen fue mi fe religiosa. Una duda provocaba otra; cada creencia arrastraba a otra en su caída” (84). “El cristianismo —continúa Taine— me parecía, a la

(79) E. FAGUET, *Politiques et moralistes du dix-neuvième siècle. Troisième série...*, ed. cit., pág. 241.

(80) G. MONOD, *Renan, Taine, Michelet*, Calmann-Lévy, París, 1894, pág. 143.

(81) E. BOUTMY, *Taine, Scherer, Laboulaye*, ed. cit., pág. 45.

(82) H. TAINE, “Carta a Prévost-Paradol, de 2 de marzo de 1849”, en *Sa vie et sa correspondance*, ed. cit., vol. I, págs. 53 y 58.

(83) Así lo estima Venzac, que indica que después de realizar su primera comunión a los diez años, no se ocuparon de instruirle en la religión (Géraud VENZAC, *Aux pays de leur enfance*, Fernand Lanore, París, 1956, pág. 155).

(84) H. TAINE, *De la destinée humaine*, introducción, ed. cit., pág. 21.

vez, ridículo y odioso. La inmovilidad de sus doctrinas, la crueldad de sus dogmas, la minuciosidad de sus prácticas, lo absurdo de sus misterios, la hipocresía de sus adoradores, excitaron mi asco y mi lástima” (85).

Gratry, entonces capellán de la *Escuela normal*, en su *Lettre à M. Vacherot*, en 1851, en su refutación al libro de Vacherot, *Histoire de l'École d'Alexandrie*, como recuerda Leger, se dirigía, casi personalmente, a About, Sarcey y Taine, indicándoles que su impiedad no era fruto de sus sabios estudios, sino que decidieron dejar de creer en el colegio, entre los trece y los quince años, decisión infantil motivada por razonamientos ingenuos (86). Probablemente, por esa actitud expresada por Taine que acabamos de leer, Picard había indicado que “entra en la vida con el orgullo de la razón” (87).

Sin embargo, Taine no se deja arrastrar por tal hecatombe de sus ideas y creencias, sino que pretende encontrar la virtud en sí mismo; él será la regla de su propia virtud: “Sentí en mí mismo suficiente honor y voluntad para vivir como un hombre honesto, incluso después de haberme desembarazado de mi religión; estimaba demasiado mi razón para creer en otra autoridad que no fuera la suya; no quise tener más que de mí la regla de mis costumbres y la dirección de mis pensamientos; me indignaba ser virtuoso por temor y creer por obediencia. El orgullo y el amor de la libertad me liberaron” (88). Esta moral autónoma de Taine, acorde con su panteísmo, consistía en obedecer a las leyes de la naturaleza y de la existencia (89).

Si hemos de hacerle caso, el abandono de las creencias católicas se debió únicamente a su propia inteligencia, que consideraba superior a la de los creyentes: “Aun no había leído a ningún filó-

(85) H. TAINE, *De la destinée humaine*, introducción, texto suprimido por su esposa al publicar la *Correspondance*, citado por Colin EVANS, *Taine. Essai de biographie intérieure*, Librairie Nizet, París, 1975, pág. 176.

(86) F. LEGER, *La jeunesse d'Hippolyte Taine*, ed. cit., págs. 121-122.

(87) Charles PICARD, *H. Taine*, Librairie Académique Perrin et Cie., París, 1909, pág. 36.

(88) H. TAINE, *De la destinée humaine*, introducción, ed. cit., pág. 21.

(89) J. P. BOOSTEN, *Taine et Renan et l'idée de Dieu*, ed. cit., págs. 92-95.

sofo; quise conservar mi espíritu en entera libertad, mi examen en una independencia completa. En tal momento rebosaba una alegría orgullosa; triunfaba en mis destrucciones; me complacía en ejercitar mi inteligencia contra las opiniones vulgares; me creía por encima de los que creían, porque cuando les preguntaba, no me daban ninguna prueba buena de sus creencias; cada día iba más lejos, hasta que un día no encontré nada que se sostuviera” (90). Es sabida la alta estima en que Taine, desde su juventud, tenía a la inteligencia y al pensamiento: “la especulación pura (...) es el principio de todas las cosas. El pensamiento es la condición del desarrollo de todas las facultades humanas; sin ellos no hay salvación” (91). Pero, ¿no sobrevaloró su inteligencia y su pensamiento desde que empezó a reflexionar? “Con mi adoración por las verdades de razón —prosigue— y la confianza absoluta que tengo en el poder de la inteligencia, parezco un católico que no sabe más que hablar de Iglesia y de fe. Pero al menos puedo probar lo que digo, y para rebatir la doctrina que me posee hay que estar fuera de razón” (92).

Sin duda, tales confesiones nos retratan a un joven Taine dominado, o al menos, tocado, por la soberbia, por lo que no es fácil saber si fue sólo la razón —una razón desbocada— lo que le hizo perder la fe, o la voluntad de afirmar su yo por encima de cualquier otra cosa. Si la razón había sido obstáculo para la fe, no lo fue, en cambio, para la filosofía ni para la ciencia, a pesar de que, durante su formación, sus convicciones filosóficas variaran y unas nuevas ideas sustituyeran a otras, así como sus apreciaciones científicas motivaran un cambio radical en su juicio sobre la historia de Francia, hechos que no le hicieron pensar ni en la falibilidad de una ciencia que no era una verdad absoluta, ni en que su propia razón y sus ideas eran cambiantes, salvo, naturalmente, en lo que se refería a la religión católica.

(90) H. TAINE, *De la destinée humaine*, introducción, ed. cit., pág. 23.

(91) H. TAINE, “Carta a Prévost-Paradol, de 30 de marzo de 1849”, en *Sa vie et sa correspondance*, vol. I, ed. cit., pág. 74.

(92) H. TAINE, “Carta a Prévost-Paradol, de 30 de marzo de 1849”, en *Sa vie et sa correspondance*, vol. I, ed. cit., págs. 74 y 75.

Sin renunciar nunca a su panteísmo spinozista (93), su primigenio y completo ardor por Spinoza (94) fue corregido por el realismo de Aristóteles, y las ideas abstractas de éste, sustituidas por realidades hegelianas (95) al tiempo que fue influenciado por Stuart Mill (96) en su método de conocimiento (97), de tal forma que tales maestros, como después, ya en plena madurez, Comte (98) al que “descubre” en 1860 o 1861, según acreditó Giraud (99), le influyeron, “a medias” (100), como él mismo decía (101). Margerie vio que “el conjunto de sus concepciones filosóficas le cerrará hasta el final el camino que lleva de la naturaleza a un principio divino de ella”, y que “ningún rayo superior a las llamadas ciencias positivas, ninguna perspectiva, ninguna salida hacia alguna cosa inmortal, iluminará o ampliará su horizonte” (102). Su sobrina creía que pertenecía a esa clase de personas —según ella— “refractarias tanto a los rayos, incluso abrasadores, de la sensibilidad religiosa, como a las certezas dogmáticas.

(93) J. P. BOOSTEN, *Taine et Renan et l'idée de Dieu*, ed. cit., págs. 54-73.

(94) Además de los autores ya citados, véase, Pierre-François MOREAU, “Taine lecteur de Spinoza”, *Revue Philosophique de la France et de l'Étranger*, núm. 4, octubre-diciembre 1987, págs. 477-489.

(95) P. SEYS, *Hippolyte Taine et...*, ed. cit., págs. 40-55; 50.

(96) Según Rosca, aceptó las ideas de Stuart Mill que eran compatibles con las que ya poseía, es decir, las que no contradecían a Hegel o a la idea que Taine tenía del alemán, ya que Taine fue, ante todo, un hegeliano, aunque se apartara del filósofo alemán en cuestiones cruciales (D. ROSCA, *L'influence de Hegel sur Taine théoricien de la connaissance et de l'art*, Librairie Universitaire J. Gamber, París, 1928, pág. 227).

(97) Jean-Thomas NORDMANN, *Taine et la critique scientifique*, PUF, París, 1992, págs. 47-53; C. EVANS, *Taine. Essai de biographie intérieure*, ed. cit., págs. 255-264.

(98) P. SEYS, *Hippolyte Taine et...*, ed. cit., págs. 148-157.

Chevillon dijo que en los trabajos y notas de juventud de Taine no encontró ninguna cita de Comte (A. CHEVRILLON, *Taine, formation de sa pensée*, ed. cit., pág. 224, nota). Rosca negó el positivismo atribuido a Taine, basándose, sobre todo, en el diverso significado de los conceptos de causa, ley y hecho en la obra de Taine y en la de Comte (D. ROSCA, *L'influence de Hegel sur Taine...*, ed. cit., págs. 244-280).

(99) V. GIRAUD, *Essai sur Taine*, ed. cit., pág. 63.

(100) P. SEYS, *Hippolyte Taine et...*, ed. cit., pág. 148.

(101) En opinión de Leroy, en Taine ejerció una influencia preponderante Balzac (M. LEROY, *Taine*, ed. cit., págs. 157-178). Nève se refiere, también, a la influencia de Goethe y de Marco Aurelio (P. NEVE, *La Philosophie de Taine...*, ed. cit., págs. 343-344).

(102) A. de MARGERIE, *H. Taine*, ed. cit., pág. 193.

El *Deus absconditus* permanece para ellas intangible y escondido en las profundidades de lo Desconocido” (103).

Pero tal ceguera, ¿no estaría producida por un punto, al menos, de engrعيمiento? Las siguientes palabras, también de su sobrina, aunque escritas con una intención y un ánimo totalmente distinto, nos lo hacen pensar. En efecto, añade su sobrina que, dada “la extraordinaria probidad de su naturaleza, no tuvo del pecado, del mal, esa experiencia inquieta y degradante por la que, tantas almas, horrorizadas por sus maldades, se han arrojado a los pies del Redentor” (104). En opinión de Leger, que se refería a la juventud de Taine, “hay pocos hombres que hayan sido más impermeables a la idea de culpa que este joven escrupuloso” (105).

Pero ¿quién no tiene necesidad de perdón? ¿Quién se basta a sí mismo? “Para mi tío —continúa su sobrina— una conversión religiosa repentina, en las últimas horas, le habría parecido una impiedad despreciable y la esencia de su espíritu no se lo permitiría. Hubiera sido un milagro” (106). ¿No recibió la fe, este “don de Dios” como dice su sobrina o cerró su corazón y su inteligencia cuando llamaba a su puerta? La insistencia en que su vida y su muerte hace “pensar en Marco Aurelio”, porque “tenía la calma lúcida, ese orgullo modesto de una naturaleza que rechaza toda humillación, la meditación continua sobre los conflictos eternos entre la Naturaleza y la Razón” (107), si así fue, hacen pensar, también, que su altivez hizo imposible el reconocimiento de la luz (108). Tampoco podía contribuir a ello su hegelianismo, su singular filosofía y su especial determinismo, pues éste es incompatible con la libertad y la responsabilidad que predica y profesa la religión católica. Pese a las explicaciones de Taine (109), inclu-

(103) Mme. SAINT-RENÉ TAILLANDIER, *Mon oncle Taine*, ed. cit., pág. 56.

(104) Mme. SAINT-RENÉ TAILLANDIER, *Mon oncle Taine*, ed. cit., pág. 56.

(105) F. LEGER, *La jeunesse d'Hippolyte Taine*, ed. cit., pág. 159.

(106) Mme. SAINT-RENÉ TAILLANDIER, *Mon oncle Taine*, ed. cit., pág. 57.

(107) Mme. SAINT-RENÉ TAILLANDIER, *Mon oncle Taine*, ed. cit., pág. 57.

(108) Si es cierta la observación de Giraud, Taine, después de su crisis de los quince años no se volvió a plantear las cuestiones de la creencia y de la fe (V. GIRAUD, *Hippolyte Taine...*, ed. cit., pág. 136).

(109) P. NEVE, *La Philosophie de Taine...*, ed. cit., págs. 251-274.

so su sobrino político, que le admiraba profundamente, no comprendía cómo podía compaginar el determinismo con la responsabilidad personal, pues Taine, al margen, incluso de los textos expresamente deterministas, exageraba los condicionantes hasta anular la libertad (110).

Su naturalismo y su rechazo de la trascendencia en la explicación causal no debieron ser ajenos a ese modo de ser. Para Taine no existía (al menos durante un largo periodo de su vida) nada fuera de la naturaleza, a la que definía como “ser único e indivisible del que todos los seres son miembros” y que por sí mismo todo lo produce, subsiste en todas las cosas y no es limitado por ninguna (111). Con anterioridad, en 1851, escribía a Prévost-Paradol: “La naturaleza es Dios, el verdadero Dios. ¿Por qué? Porque es perfectamente bella, eternamente viviente, absolutamente una y necesaria”. Y continuaba: “Yo le diría a nuestro amigo Gréard: El verdadero Dios tiene lo que amas en el Dios cristiano; no tiene lo que menosprecias. Satisface, pues, tu corazón y tu razón. Deja para las religiosas un Dios amante y para los criados un Dios rey. Hombre libre y sabio, tu Dios no puede ser más que el Todo infinito y perfecto” (112). Poco años antes le había escrito: “Piensa, amigo mío, que ese Dios cuya existencia me parece matemáticamente demostrada, no es, de ningún modo, ese tirano absurdo y cruel que las religiones nos enseñan y que el vulgo adora; piensa, incluso, que tampoco es ese *Dios-Hombre* de Bossuet, ocupado en salvar o destruir Imperios y en fundar su Iglesia (...). Si la palabra Dios te choca, suprímela y en su lugar, di: el Ser; pero cualquiera que sea el nombre que le des, cree en la existencia de un Ser que posee toda la plenitud del ser y que no tiene ninguna carencia ni ningún defecto” (113); “Dios no es el ídolo cristiano” (114); “mi

(110) G. SAINT-RENÉ TAILLANDIER, *Au près de M. Taine...*, ed. cit., págs. 44-49.

(111) H. TAINE, *Les Philosophes...*, ed. cit., pág. 370.

(112) H. TAINE, “Carta a Prévost-Paradol, de 16 de noviembre de 1851”, en *Sa vie et sa correspondance*, vol. I, ed. cit., págs. 150-151.

(113) H. TAINE, “Carta a Prévost-Paradol, de 20 de agosto de 1848”, en *Sa vie et sa correspondance*, vol. I, ed. cit., págs. 29-30 y 30-31.

(114) H. TAINE, “Carta a Prévost-Paradol, de 25 de marzo de 1849”, en *Sa vie et sa correspondance*, vol. I, ed. cit., pág. 64.

Dios no tiene nada en común con el Dios-verdugo del cristianismo, ni con el Dios-hombre de los filósofos de segunda fila. Es el positivo absoluto, es decir, la realización una y completa de todo el ser, y todo en él y fuera de él es necesario como él” (115).

Este panteísmo persistente aflora con claridad en la versión definitiva de su estudio sobre La Fontaine: “Hoy, en este derribo universal de los dogmas, entre los escombros de ideas amontonadas por la filosofía, la historia y las ciencias, la paz no nos llega más que por el sentimiento de las cosas divinas. Este gran corazón desgraciado del hombre moderno, atormentado por la necesidad y la imposibilidad de adorar, no encuentra la belleza perfecta y consoladora más que en la naturaleza infinita” (116).

Desde muy joven mostró su rechazo de las causas finales: “hay toda una serie de explicaciones que sustituyen a las causas finales” (117). Para Taine “la causa de los hechos está en ellos mismos”, las causas no son más que leyes encerradas en los objetos de los que se pueden extraer por abstracción (118). “Hechos y relaciones, no existe otra cosa”, y “el hecho tiene su causa en otro hecho” (119), incluidos los hechos morales, que tienen su causa en otro hecho moral, por lo que “el vicio y la virtud son productos como el vitriolo o el azúcar” (120). Mal comprendido por esta frase, o quizá no tanto (121), lo cierto es que se le acusó de materialismo (122), de lo que se defendió, con escasa fortuna, alegan-

(115) H. TAINE, “Carta a Prévost-Paradol, de 18 de abril de 1849”, en *Sa vie et sa correspondance*, vol. I, ed. cit., pág. 83.

(116) H. TAINE, *La Fontaine et ses fables*, ed. cit., pág. 216.

(117) H. TAINE, “Carta a Prévost-Paradol, de 16 de noviembre de 1851”, en *Sa vie et sa correspondance*, vol. I, ed. cit., pág. 152.

(118) H. TAINE, *Les Philosophes...*, ed. cit., págs. VIII y IX.

(119) H. TAINE, *Les Philosophes...*, ed. cit., págs. 327 y 350-351.

(120) H. TAINE, *Histoire de la Littérature Anglaise*, vol. I, 2.^a ed., Librairie Hachette, París, 1866, Introducción, pág. XV; véase, *Essais de critique et d'histoire*, ed. cit., págs. 453-454.

(121) Incluso admiradores de Taine así lo debieron entender, pues Leroy opina que Taine llevó el vicio y la virtud al terreno de la química (M. LEROY, *Taine*, ed. cit., pág. 30).

(122) Así, el Obispo de Orleans, Dupanloup, se opuso a que la Academia premiara su *Historia de la Literatura Inglesa* por materialista y fatalista (Emile FAGUET, *Mgr. Dupanloup. Un Grand Evêque*, París, 1914, págs. 80-82).

do que la virtud y el vicio no eran productos materiales como el vitriolo o el azúcar, sino productos, es decir, resultado de otros hechos, aunque en este caso, morales (123).

Según Evans, fue mal comprendido por su famosa frase, porque el plano en el que se situaban Taine y sus críticos era diferente, ya que para Taine los hechos morales no son producto de causas anteriores y exteriores, sino de factores lógicos; no son, pues, fuerzas mecánicas los que los producen y, por eso, el hombre no deja de ser responsable (124). No parece convincente la argumentación desarrollada por Evans en su obra. En carta a Cornelis de Witt, en 1864, decía Taine: “Mi idea filosófica es que todos los sentimientos, todas las ideas, todos los estados del alma humana son productos, que tienen sus causas y sus leyes y que todo el futuro de la historia consiste en la búsqueda de estas causas y de estas leyes” (125). Aquí el determinismo parece que aflora con claridad. Todo sentimiento, toda idea, todo estado del alma tienen, sin duda, motivos y razones, pero no hay causas y, menos aun, leyes que, más allá de la libertad y de la voluntad de las personas, suministramos explicaciones regladas de esos estados y, desde luego, no pueden explicar la historia, salvo que haya tantas causas y leyes como sujetos o protagonistas de la historia.

Como advirtió Margerie, Taine cae en el vicio que le espetó a Maine de Biran, un galimatías que sólo el autor entendía, pues lo que Taine llama causa en relación a los hechos, al prescindir de la causa final, no es una causa, sino un resultado (126). La objeción debió ser bastante común entre sus críticos espiritualistas, pues algunos años antes, Caro, había indicado la debilidad de su filosofía como consecuencia de haber prescindido —hasta su negación— de la metafísica, de las substancias y de las causas finales, fallando sus razonamientos por las erróneas definiciones de subs-

(123) H. TAINE, “Carta al director del *Journal des Débats*, de 19 de diciembre de 1872”, en *Sa vie et sa correspondance*, vol. III, ed. cit., págs. 213-214.

(124) C. EVANS, *Taine. Essai de biographie intérieure*, ed. cit., pág. 388.

(125) H. TAINE, “Carta a Cornelis de Witt, 17 de mayo de 1864”, en *Sa vie et sa correspondance*, tomo II, ed. cit., pág. 305.

(126) A. de MARGERIE, *H. Taine*, ed. cit., págs. 51-52.

tancia y de causa (127). “Ya en 1849 —escribía Chevrillon— estaba persuadido de que las substancias no están hechas más que de sus atributos” (128).

El rechazo de la distinción entre substancia y cualidad, entre esencia y manifestación, entre el sujeto y sus facultades, entre la causa y el efecto, entre causa y ley, todo ello consecuencia del postulado fundamental de su doctrina, consistente en la identidad del pensamiento y del ser, que según Rosca, caracteriza a la filosofía de Taine (129), así como la pluralidad de influencias recibidas, que Taine digiere a su modo, son algunos de los motivos que explican que Taine haya sido interpretado tan diversamente.

En carta a Renan, rebatiendo la afirmación de éste, según la cual, “el mundo tiene un objetivo y trabaja para un fin misterioso”, le decía Taine: “¿Esos mecanismos que parecen el efecto de una causa final, son, como lo admiten los naturalistas de hoy día, los efectos de una causa eficiente?” “Los efectos acumulados de una causa eficiente pueden proporcionar al espectador la ilusión de una causa final” (130). Taine fue, pues, “un heterodoxo” como indicó Marín, y, por ello, “las severísimas censuras unánimemente hechas por los católicos a su obra” (131).

Taine ha sido objeto de muy diversas interpretaciones, tanto por sus partidarios como por sus adversarios, sin duda porque, a pesar de la claridad de su prosa, hay cierta oscuridad en el conjunto, lo que dificulta la composición de sus ideas, y porque hay contradicciones, que intentó resolver con explicaciones enfrentadas entre sí; también porque muchos de sus intérpretes han prescindido de parte de su obra o han potenciado en exceso algunas ideas dejando otras en la sombra; y, finalmente, porque algunos partieron de un partidismo político radical que les incapacitaba para comprenderlo.

(127) Elme-Marie CARO, *L'idée de Dieu et ses nouveaux critiques*, Librairie Hachette et Cie., 8.^a ed., París, 1889, págs. 146, 155, 157-184.

(128) A. CHEVRILLON, *Taine, formation de sa pensée*, ed. cit., pág. 66; véanse las págs. 96-97.

(129) D. ROSCA, *L'influence de Hegel sur Taine...*, ed. cit., págs. 214-246.

(130) H. TAINE, *Sa vie et sa correspondance...*, vol. IV, págs. 9 y 10.

(131) Rafael MARÍN DEL CAMPO, *En el centenario de Taine. El sabio, el ciudadano y el hombre. Réplica a Eduardo Gómez de Baquero*, Librería General de Victoriano Suárez, Madrid, 1928, pág. 8.

Aunque Giraud haya dicho que “la idea dominante en Taine” “es una idea metafísica” y que era “un gran metafísico” (132), su rechazo de la metafísica es un hecho (133) y su pretensión de descubrir leyes que permitan predecir el comportamiento humano ¿no apuntan a un excesivo protagonismo próximo a la soberbia?

Aunque afirmara que no tenía ni exponía un sistema (134), sino sólo un método (135), es lo cierto que éste, si se sigue, se convierte en sistema (136). Su empirismo —limitado a los hechos, sin trascenderlos— se basaba en tres tipos de observaciones (137), que él llamaba “la raza” —no en sentido antropológico o biológico, sino como conjunto de disposiciones innatas y hereditarias que diversifican los caracteres (138)—, “el medio ambiental” y “el momento” (139), a los que habría que añadir una cuar-

(132) V. GIRAUD, *Hippolyte Taine. Etudes et documents*, ed. cit., pág. 2.

(133) No así para Lévy-Bruhl, que estimó que aunque no se ocupó de metafísica, Taine no la consideró errónea o inútil en sí misma y dejó la puerta abierta a ella (L. LEVY-BRUHL, *History of Modern Philosophy in France*, ed. cit., pág. 424), o para Nève, que consideró erróneo este juicio formulado, entre otros por Margerie, y se esforzó en demostrar que, al contrario, Taine pretendió una *metafísica positivista* (P. NEVE, *La Philosophie de Taine...*, ed. cit., pág. 55). ¿Es posible una metafísica verdadera, no ya con el positivismo comteano, sino incluso, con el *positivismo taineano*?

(134) En opinión de Nève, y a ello dedicó su obra, los mayores errores de Taine provienen de su sistema en el que procuró encajar la argumentación y la realidad; razón por la que indica que, con su sistema, Taine, más que descubrir leyes lo que hacía era intentar verificarlas (P. NEVE, *La Philosophie de Taine...*, ed. cit., pág. 244).

(135) H. TAINE, *Essais de critique et d'histoire*, prólogo a la 2.^a ed. de 1866, ed. cit., pág. 35.

En realidad, Taine elude la cuestión, argumentando que “un sistema es una explicación del conjunto e indica una obra realizada; un método es una manera de trabajar e indica una obra por realizar” (*Ibidem*, pág. 35).

(136) Así lo había advertido Faguet, que añade que el método lo creó para servir a su sistema filosófico (E. FAGUET, *Politiques et moralistes du dix-neuvième siècle. Troisième série...*, ed. cit., págs. 269 y sigs.).

(137) En unas notas de 1850 aparece formulada esta trilogía (A. CHEVRILLON, *Taine, formation de sa pensée*, ed. cit., pág. 399).

(138) No tiene nada que ver con el sentido que tuvo para las teorías racistas que terminarían en el nazismo, como, entre otros, puede verse en Kahn (Sholom J. KAHN, *Science and aesthetic judgment. A study in Taine's critical method*, Columbia University Press, Nueva York, 1953, págs. 86-97).

(139) H. TAINE, *Histoire de la Littérature Anglaise*, ed. cit., tomo I, Introducción, págs. XXIII-XXXIV.

Su *Filosofía del Arte* (1865-1869) responde, teóricamente, a esta construcción: “Los productos del espíritu humano, como los de la naturaleza viva, se explican por su

ta, cuando se trata del estudio de los individuos, la “facultad dominante”, auténticamente generadora (140). Ésta, que también puede predicarse de las sociedades, consiste en el “rasgo característico y dominante del cual todo se puede deducir geométricamente” (141). “De la facultad dominante de un pueblo —dirá en *Los filósofos*— derivan todas las partes de sus instituciones y todos los acontecimientos de su historia” (142). El éxito de esta obra, entre el público, se debió, no sólo a una buena dosificación entrelazada de ironía, sátira e incluso sarcasmo —del que la resurrección del buey espetada a Jouffroy es buen ejemplo—, sino, también, a la aplicación a cada uno de los filósofos de los que se ocupa, de esta forma de caracterización y de explicación.

Taine, en teoría, termina por convertir esas observaciones en auténticas reglas o principios —los únicos— que pueden explicar la realidad, aunque en la práctica no siempre fuera fiel a este planteamiento (143) —como se advirtió muy pronto por sus contemporáneos (144)—, especialmente cuanto más introduce la psico-

medio ambiental”, por lo que “es en el estado general de los costumbres y del espíritu público” donde hay que buscar las razones para el florecimiento de cada arte y de cada artista (H. TAINE, *Philosophie de l'Art*, Hachette, París, 1948, tomo I, pág. 10; tomo I, págs. 7 y 49 y tomo II, pág. 63).

Estas ideas ya habían aparecido, en primer lugar, en *La Fontaine et ses fables* (24 ed., Librairie Hachette, París, s.f., págs. 8-9, 129-130, 159 y 343-346).

(140) “Tanto en las cosas morales como en las físicas, hay valores de diferente orden; algunos caracteres tienen un valor superior y decisivo porque arrastran tras sí forzosamente una masa enorme de otros caracteres: los llamo *generadores*” (H. TAINE, “Carta a Georges Saint-Rene Taillandier, 6 de agosto de 1881, en *Sa vie et sa correspondance*, tomo IV, pág. 128); en el prólogo a la 2.ª ed. de sus *Ensayos* desarrolla esta cuestión (*Ensayos*, ed. cit., págs. 36 y sigs.); véase su *Essai sur Tite-Live*, Librairie Hachette et Cie., París, 5.ª ed., 1888, prefacio, págs. VII-VIII.

(141) H. TAINE, “Carta a Cornelis de Witt, 24 de julio de 1853” (en *Sa vie et sa correspondance*, tomo II, *Le Critique et la Philosophe, 1853-1870*, Librairie Hachette et Cie., 2.ª ed., París, 1904, pág. 7), en la que hablándole de su *Tito Livio*, le caracteriza como “orador que se hace filósofo” (págs. 7-9).

(142) H. TAINE, *Les Philosophes...*, ed. cit., pág. 369.

(143) ERNST CASSIRER, *Das Erkenntnisproblem in der Philosophie und Wissenschaft der neueren Zeit*, trad. esp. *El problema del conocimiento en la Filosofía y en la Ciencia modernas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986, vol. IV, pág. 302.

(144) Emile ZOLA, “M. H. Taine, artiste”, en *Mes haines. Causeries littéraires et artistiques*, G. Charpentier, París, 1879, págs. 221-226.

logía (145). Así, nos encontraríamos con “una explicación del conjunto” y “una obra realizada”, aunque permita su aplicación a las diversas realidades que se estudien. Sistema, pues, del que se deducirán las leyes que regulen los comportamientos sociales: “si estas fuerzas pudieran ser medidas y cifradas, se deducirían, como de una fórmula, las propiedades de la civilización futura, y, si, a pesar de la tosquedad de nuestras anotaciones y de la inexactitud fundamental de nuestras mediciones, queremos, hoy, hacernos alguna idea de nuestros destinos generales, es en el examen de esas fuerzas en el que hay que fundar nuestras previsiones”; al hacerlo así, “no sólo hemos agotado todas las causas reales, sino, incluso, todas las causas posibles del movimiento” (146). Su entendimiento de la historia, lo que a él le interesaba de la historia, estaba en consonancia con esas ideas: Mi idea filosófica, escribía en 1864, “es que todos los sentimientos, todas las ideas, todos los estados del alma humana son productos, que tienen sus causas y sus leyes y que todo el futuro de la historia consiste en la búsqueda de estas causas y de estas leyes” (147).

Sin entrar en sí su método (y sistema) es incompleto y reductor —objeción muy común (148), aunque negada, también

(145) Antonella CODAZZI, *Hippolyte Taine e il progetto filosofico di una storiografia scientifica*, La Nuova Italia Editrice, Florencia, 1985, págs. 48-141; especialmente respecto a los *Orígenes*, págs. 117-141.

Según esta autora, Taine consideraba que la historia suministra a la psicología el material de observación y que la psicología, a su vez, ofrece el instrumento teórico para comprender las transformaciones de un individuo o de un grupo de individuos en la historia (A. CODAZZI, págs. 109-110).

(146) H. TAINE, *Histoire de la Littérature Anglaise*, ed. cit., pág. XXXIV.

(147) H. TAINE, “Carta a Cornélis de Witt, 17 de mayo de 1864” (en *Sa vie et sa correspondance*, tomo II, ed. cit., pág. 305).

(148) Así, SAINTE-BEUVE (*Nouveaux Lundis*, Calmann-Lévy, 4.^a ed., París, 1885, tomo VIII, págs. 84-88); E. FAGUET (*Politiques et moralistes du dix-neuvième siècle. Troisième série...*, ed. cit., págs. 262-268); Paul LACOMBE (*Taine, historien et sociologue*, V. Giard et E. Briène, París, 1909, *passim*); René GIBAUDAN (*Les idées sociales de Taine*, Editions Argo, París, 1928, págs. 60-64 y 88-93); Gustave LANSON, *Histoire de la Littérature Française*, Librairie Hachette, París, s.d. (pero 17.^a ed., 1922), págs. 1045-1046; René CANAT, *La Littérature Française au XIX^e siècle*, Payotet Cie., París, 1921, tomo II, págs. 45-46.

por otros autores (149)— o, incluso “inútil” en el sentir de Croce (150), la observación limitada a los hechos, no nos dice nada de su valor moral —lo que, ciertamente, Taine afirmaba—, ni, tampoco, nos puede decir nada más allá de ellos mismos. Es decir, se limita al hecho o a los hechos observados, a lo pasado y no tiene más proyección de futuro que la lección que los hombres puedan o quieran extraer, pero de ningún modo permite suponer y, menos aún, vaticinar, que en iguales circunstancias, los resultados que se producirán serán los mismos que anteriormente se habían producido. De ahí el error de Taine de pretender que “el derecho de regular las creencias humanas ha pasado por entero a poder de la experiencia y los preceptos o doctrinas, en lugar de autorizar la observación, reciben de ella todo su crédito” (151).

Limitado a un método de observación, realizado con honestidad y siempre que se consideren sus límites y se combine con otros métodos, no cabe duda de su utilidad. Pero la raza, el momento y el medio e, incluso, la facultad dominante, cuando ésta existe, únicamente nos proporcionan datos, circunstancias, relaciones, influencias, y todo tipo de factores que hay que tener en cuenta y ponderar correctamente, pero no determinan ni causan, ni explican en su totalidad un hecho o un comportamiento, para lo cual hay que contar con la libertad y la voluntad, con la personalidad. Por eso, por ejemplo, los caracteres de un pueblo no son más que lugares comunes, útiles para describir unos rasgos generales, pero que por sí mismos no proporcionan, ni remotamente, la clave de la historia.

Es errónea la pretensión de descubrir *leyes* (en sentido natural o físico, tan rígidas como la ley de la gravedad, independientes de la voluntad humana), con las que “regir las concepciones y guiar los esfuerzos de los hombres”, “que por una serie de indagaciones bien llevadas acabará por determinar las condiciones de los grandes acontecimientos humanos, es decir, de las circunstancias

(149) J. T. NORDMANN, *Taine et la critique scientifique*, ed., cit., pág. 13 y el conjunto de la obra.

(150) Benedetto CROCE, *La Storia come pensiero e come azione*, Editori Laterza, Bari, 1966, pág. 177.

(151) H. TAINE, *Essais de critique et d'histoire* (prólogo de 1866), ed. cit., pág. 45.

necesarias a la aparición, a la duración o a la ruina de las diversas formas de asociación, de pensamiento y de acción” (152). En la hipótesis de llegar a descubrir “la condición necesaria y suficiente de un hecho” (153) [humano], nada nos asegura que en caso de volverse a producir “esa” condición se produzca el mismo hecho. Er ror producido al asimilar los hombres y las sociedades humanas al reino animal o vegetal y al equiparar las ciencias humanas (como la historia) a las ciencias naturales (como la biología o la física), “la historia natural” a “la historia humana” (154): “la filosofía de la historia humana repite como una fiel imagen la filosofía de la historia natural” (155). En los mismos *essays* escribió: “Nuestro espíritu es una máquina construida tan matemáticamente como un reloj. Si tal muelle predomina, acelera o falsea el movimiento de los otros y la impresión que les comunica escapa al gobierno de nuestra voluntad, porque es nuestra voluntad misma; vamos de un modo irresistible por la vía trazada; y el autó-mata espiritual que forma nuestro ser no se detiene ya más que para romperse” (156). Ya en su *Tito Livio* había dicho que “el mundo moral, como el mundo físico, está sometido a leyes físicas; que un alma tiene su mecanismo como una planta” (157). Poco antes le había escrito a Guillaume Guizot: “En todas partes, por debajo y por encima de nosotros está la fuerza. Leyes ciegas se cumplen en un orden fijo y un sistema inflexible construye el mundo con las miserias y la muerte de los individuos” (158).

A pesar de haber ejercido gran influencia en dos generaciones de franceses de la segunda mitad del siglo XIX, sobre todo desde la década de los sesenta (159) —sin duda a partir de su feroz y

(152) H. TAINE, *Essais de critique et d'histoire* (prólogo de 1866), ed. cit., pág. 52.

(153) H. TAINE, *Essais de critique et d'histoire* (prólogo de 1866), ed. cit., pág. 47; *Histoire de la Littérature Anglaise*, ed., cit. pág. XLIII.

(154) H. TAINE, *Essais de critique et d'histoire* (prólogo de 1866), ed. cit., pág. 51.

(155) H. TAINE, *Essais de critique et d'histoire* (prólogo de 1866), ed. cit., pág. 48.

(156) H. TAINE, *Essais de critique et d'histoire*, ed. cit., pág. 138.

(157) H. TAINE, *Essai sur Tite Live*, trad. esp., ed. cit., conclusión, pág. 253.

(158) H. TAINE, “Carta a Guillaume Guizot, 25 de octubre de 1855”, *Sa vie et sa correspondance*, tomo II, ed. cit., pág. 121.

(159) Giraud realizó una cuantificación de los lectores franceses de Taine, concluyendo que tuvo millones de lectores y que, al menos, dos millones leyeron varios libros de Taine (V. GIRAUD, *Essai sur Taine...*, ed. cit., pág. 171).

demoledora crítica del espiritualismo inconsistente de Cousin (predominante en la Universidad francesa durante treinta años) con la publicación de *Les philosophes français du XIX^e siècle* (1857) (160), obra con la que pasaría factura por su suspenso de 1851 y, sobre todo, se desquitaría por el rechazo de su primer proyecto de tesis doctoral sobre la sensación y la percepción exterior (161)—, la complejidad de su pensamiento —considerado, según qué autores, determinista, “realista y empirista tradicionalista” (162), negador de la moral (163), positivista (164), naturalista (165), materialista (166) y científicista, hegeliano idealista (167), idealista (168) e “idealista sin ilusiones” (169), y caracterizado (170) como metafí-

(160) Maurras le atribuye una influencia indirecta en el redescubrimiento de Santo Tomás en la filosofía francesa posterior, pues su crítica a Cousin llevó a que algunos de los verdaderos espiritualistas buscaran autoridades más seguras y se toparon con Santo Tomás (Charles MAURRAS, *Dictionnaire politique et critique*, Cité des Livres, París, 1933, tomo V, pág. 320, 2.^a columna, nota).

(161) Así lo indica Leger (F. LEGER, *La jeunesse d'Hippolyte Taine*, ed. cit., págs. 168-178).

(162) R. GIBAUDAN, *Les idées sociales de Taine*, ed. cit., págs. 11 y 175.

(163) Paul JANET, *La crise philosophique. Taine, Renan, Littré, Vacherot*, Germer Baillière, París, 1865, pág. 52.

Esta acusación frecuente, fue negada por no pocos que le consideraban un moralista.

(164) E. M. CARO, *L'idée de Dieu et ses nouveaux critiques*, ed., cit., pág. 44 y *passim*; E. FAGUET, *Politiques et moralistes du dix-neuvième siècle. Troisième série*, ed. cit., pág. 234.

(165) Maurice BARRÈS, *Taine et Renan. Pages perdues*, recueillies et commentées par Victor Giraud, Editions Bossard, París, 1922, pág. 138.

(166) P. V. RUBOW, *Hippolyte Taine...*, ed. cit., pág. 84.

(167) D. ROSCA, *L'influence de Hegel sur Taine...*, ed. cit., pág. 278.

(168) S. J. KAHN, *Science and aesthetic...*, ed. cit.

(169) J. BOURDEAU, *Les maîtres...*, ed. cit., pág. 35.

(170) Bourget, cuando era amigo de Taine, realizó la caracterización más demoledora del filósofo, a pesar de ser una caricatura, en su novela *Le Disciple* (1889), en la que las teorías del filósofo Adrien Sixte y su determinismo, envenenaron el alma del joven Robert Greslou, comenzando por hacerle ateo y conduciéndole a que, por experimentación psicológica (Paul BOURGET, *Le Disciple*, introducción de Edmond Jaloux, Les Editions du Cheval Ailé, Ginebra, 1948, pág. 169), manipule a Charlotte Jussat y la lleve al suicidio.

Taine, indignado, le re p rochó que de su novela se sacarían consecuencias contrarias a la moral y contrarias a la ciencia. Contra la primera por aquellos que juzgarían a Greslou con indulgencia, considerándole culpable a medias, ya que el bien y el mal no son más que convenciones, a veces, útiles y, en ocasiones, pueriles. Contra la ciencia, por aquellos que juzgarán que la ciencia y el determinismo son corruptores. Todo ello con-

sico, filósofo (171), “pensador y filósofo” (172), lógico, psicólogo (173), sociólogo (174), historiador, crítico (175), crítico científico (176) crítico humanista (177), amante de la verdad (178), por el análisis (179), por la *raison raisonnante* (180) o incluso, por dos facultades dominantes, “el poder de abstracción” y “la capacidad de observación” (181), porque de casi todo ello hay en su obra (182), aunque sea “*sui generis*” — y su artificialidad, ha hecho que su obra más perdurable no sea la filosófica, que siempre fue

secuencia del pseudo filósofo y pseudo científico que es Adrien Sixte. Para la ciencia y la filosofía, dice Taine, el bien y el mal, el vicio y la virtud expresan la *esencia* de los actos y de los individuos, de acuerdo con su comportamiento, favorable o contrario al organismo social; y sin el determinismo no cabe establecer el derecho a castigar (H. TAINE, “Carta a Paul Bourget, de 29 de septiembre de 1889”, en *Sa vie et sa correspondance*, tomo IV, *L'historien (suite). Les dernières années (1876-1893)*, ed. cit., págs. 287-293).

(171) Paul BOURGET, *H. Taine*, trad. esp., La España Moderna, Madrid, s.f., pág. 17.

(172) Giacomo BARZELLOTTI, *La Philosophie de H. Taine*, Felix Alcan, París, 1900, pág. 19.

(173) A. LABORDE-MILAA, *Hippolyte Taine. Essai d'une Biographie intellectuelle*, ed. cit.

(174) M. LEROY, *Taine*, ed. cit., pág. 147.

(175) Brunetière opinaba que su idea dominante consistía en “el juicio crítico”, que “tiene un fundamento en la naturaleza de las cosas”, que es “objetivo” y estriba en “la moral” (Ferdinand BRUNETIÈRE, *Discours de combat. Nouvelle Série*, 20.^a ed., Perrin et Cie., París, 1903, págs. 215, 220, 246-249).

Menéndez Pelayo fue de los que le tuvo por crítico eminente en arte a pesar de su método (Marcelino MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de las ideas estéticas en España* (1883), CSIC, Madrid, 1994, vol. II, págs. 543-558).

También Babbitt estimó que “si con frecuencia es un gran crítico, no fue a causa de su método, sino a pesar de él” (I. BABBITT, *The masters of modern french criticism*, ed. cit., pág. 250).

(176) L. WEINSTEIN, *Hippolyte Taine*, ed. cit., págs. 143-151.

(177) J. T. NORMANN, *Taine et la critique scientifique*, ed., cit., págs. 377-385.

(178) C. MAURRAS, *Dictionnaire politique et critique*, ed. cit., tomo V, pág. 314, 2.^a columna y 315, 2.^a columna.

(179) M. BARRÈS, *Taine et Renan...*, ed. cit., pág. 69.

(180) D. G. CHARLTON, *Positivist Thought in France during the Second Empire, 1852-1870*, Clarendon Press, Oxford, 1959, pág. 129.

(181) Charles PICARD, *H. Taine*, Librairie Académique Perrin et Cie., París, 1909, págs. 11 y 13.

(182) Para Charlton, el dualismo que se percibe en la filosofía de Taine, y al que no pocos autores se han referido, así como su dual caracterización, bien como positivista, bien como idealista, procede de su esfuerzo por unir en una síntesis positivismo e idealismo (D. G. CHARLTON, *Positivist Thought in France...*, ed. cit., pág. 134).

de escaso valor, sino la histórica (183), a pesar de tantos críticos como tuvo, y que, en juicio de Thibaudet (184), que sigue siendo válido, sean *Los orígenes* su mejor obra y en la que se contiene lo mejor de Taine (185). Su juicio sobre el papel de la Iglesia y del catolicismo en tiempos pasados, más acorde con la realidad y, por ende más justo, que el que proclamaba el pensamiento oficial de la Tercera República; el redescubrimiento del valor de la tradición, el peligro de los principios abstractos, o su condena de los principios del 89 por falsos y perniciosos, no fueron indiferentes, ni lo son, todavía hoy, para apreciar parte de su obra.

Como Renan (186), tras la *débâcle* de Sedan, Taine, que hasta entonces se había dedicado a la filosofía, a la crítica literaria y de arte, buscó las causas del mal que padecía Francia, y también como en Renan, el público vio un nuevo Taine (187), aunque las consecuencias de tal novedad fueron más importantes y tormentosas que las que generó Renan.

(183) Para Weinstein las contribuciones de Taine más duraderas se produjeron en la literatura y en el arte, resaltando, sobre todo, su crítica científica (L. WEINSTEIN, *Hippolyte Taine*, ed. cit., págs. 28, 51-79 y 143-151). Para Canat “no fue por su filosofía por lo que Taine ejerció una gran influencia, sino por la aplicación que hizo a la crítica, comenzando por la crítica literaria” (R. CANAT, *La Littérature...*, ed. cit., tomo II, pág. 44).

(184) A. THIBAUDET, *Histoire de la littérature...*, ed. cit., págs. 349-351.

(185) Entre los muchos juicios sobre Taine y la Revolución, dos discrepantes entre sí, de Jacques GODECHOT, que le considera “partidista” y con “ideas preconcebidas” (*Un jury pour la Révolution*, Robert Laffont, París, 1964, págs. 169-227; cit., págs. 190 y 194) y de Mona OZOUF (“Taine”, en François FURET y Mona OZOUF, *Dictionnaire Critique de la Révolution Française*, Flammarion, París, 1988, págs. 1061-1071).

(186) Me he ocupado de Renan en “Literatura, religión y política en la Francia del siglo XIX: Ernest Renan”, *Verbo*, núm. 447-448, agosto-septiembre-octubre de 2006, págs. 557-592.

(187) Discutido si ha habido dos Taine, el anterior y el posterior al crítico de la Revolución, Bourget estimó que tanto respecto a las ideas políticas como en relación a la religión, que eran las dos cuestiones en las que podría aparecer un Taine substancialmente diferente, no hubo cambio alguno. Taine siguió siendo un incrédulo y ya en su juventud pensaba que la mayoría carecía del “derecho a hacer cualquier cosa”, porque “hay cosas que quedan fuera del pacto social y, por tanto, de la propiedad pública”, tal como le decía a Prévost-Paradol (P. BOURGET, “Les deux Taine”, en *Études et Portraits. Sociologie et Littérature*, ed. cit., pág. 95). La cita de Taine continúa así: “y escapan a la decisión del público, como por ejemplo, la libertad de conciencia y todo lo que se llama los derechos y deberes anteriores a la sociedad” (H. TAINE, “Carta a Prévost-Paradol, de 10 de enero de 1852”, en *Sa vie et sa correspondance*, vol. I, ed. cit., pág. 192).

Hasta la publicación en 1878 de los primeros tomos sobre la Revolución francesa —los volúmenes III a VIII de *Los orígenes*—, como recuerda Gasparini, Taine “estaba clasificado entre los escritores liberales, pertenecientes a la izquierda de la intelectualidad francesa” (188). Desde entonces, todo cambió; muchos de sus antiguos amigos dejaron de serlo y comenzó a ser elogiado por los anteriores adversarios intelectuales. La división entre tainistas y antitainistas, viva desde *Los filósofos franceses*, cambió de signo y cada bando se trasladó a la orilla contraria. La causa fue su crítica demoledora de la Revolución francesa —como sus dos anteriores volúmenes lo habían sido del *Antiguo Régimen* y como los tres siguientes lo serían del *Nuevo Régimen* establecido por Napoleón, lo que le grangeó, sucesivamente, la enemistad y las críticas, de legitimistas, republicanos y bonapartistas (189)— apoyada en profusión de hechos incontrovertibles, aunque Taine no pretendiera hacer, propiamente, una historia de la Revolución (190), sino más bien descubrir su causa generadora —el espí-

(188) E. GASPARINI, *La pensée politique d'Hippolyte Taine...*, ed. cit., pág. 350.

(189) El príncipe Napoleón (Jérôme NAPOLEON, *Napoleon et ses détracteurs*, Calmann Lévy, 14.^a ed., París, 1887), sobrino de Napoleón, le acusó de ser incapaz de dominar el material consultado y de valorarlo correctamente, de que para defender su teoría, se sirvió de citas trucadas, fuentes sospechosas, documentos apócrifos, leyendas extravagantes y de textos falsificados (pág. 11), de haberse fijado sólo en lo malo (pág. 14), de silenciar la guerra exterior e interior, “que es lo que forzó a la Revolución francesa a cambiar de carácter y a devolver herida por herida” (pág. 16), de omitir el complot de los emigrados, las traiciones de la Reina, así como las grandes creaciones de la Constituyente (págs. 16-17) y de mala fe respecto a Napoleón (pág. 46). Crítica que posteriormente sería, en parte, repetida por otros autores.

Biré le objetó que el argumento de que las fuentes utilizadas por Taine eran hostiles a Napoleón y que, por ello, no servían, no valía nada, pues, análogamente habría que rechazar las que le fueran favorables (Edmond BIRE, *Causeries littéraires*, Librairie et Imprimerie Vitte et Perussel, Lyon, 1890, pág. 203). Además, el argumento no era cierto respecto a Miot de Méliot, el *abbé* de Pradt y Metternich (*op. cit.*, págs. 201-210).

(190) “Mi objetivo no es la historia narrativa, sino la exposición de las fuerzas que producen los acontecimientos. Estas fuerzas son los diversos grupos sociales, sus pasiones, sus ideas, etc. Lo que debo presentar no son siempre los personajes conocidos y festejados, sino los hechos generales, las situaciones y sentimientos de los grupos, y para ello, los individuos medianos, las escenas locales, los especímenes significativos son mis principales documentos” (H. TAINE, “Carta a A. Leroy-Beaulieu de 2 de enero de 1882”, en *Sa vie et sa correspondance*, ed. cit., vol. IV, págs. 148-149).

ritu abstracto como idea fija— y hacer un estudio de la mentalidad social y encontrar una explicación psicológica (191). Como había observado Weinstein, Taine fue un historiador de una clase especial, es decir, un filósofo de la historia, preocupado por sus causas, que buscó los factores psicológicos tras la gente y los acontecimientos (192).

Para los historiadores de profesión, al servicio de la Tercera República que les creó sus cátedras —comenzando con el radical Aulard (193)—, Taine fue el historiador maldito (194). Las “cóleras” que suscitó, como observó Leroy (195), fueron debidas, sobre todo, a motivos políticos (196). Margerie sospechó con bastante fundamento y así lo dijo, “que fue debido al inmenso efecto producido por su obra lo que provocó que el Consejo Municipal de París creara en la Sorbona una cátedra de historia ortodoxa de la Revolución” (197).

Joseph Reinach, político republicano radical, varias veces diputado entre 1889 y 1914, Jefe de Gabinete para asuntos exteriores de Gambetta en 1881 y 1882, dejó muy claro el peligro que representaba el “panfleto contrarrevolucionario” de Taine y los medios que había que emplear para contrarrestarlo: la supresión de la libertad de enseñanza, mala herencia de la clerical ley Falloux y la educación cívica que había que extender a toda la enseñan-

(191) J. T. NORDMANN, “Taine: la science contre la légende”, en Christian CROISILLE y Jean EHRARD (coord.), *La légende de la Révolution*, Faculté des Lettres et Sciences Humaines de l’Université Blaise-Pascal (Clermont II), Clermont-Ferrand, 1988, págs. 565-574.

(192) L. WEINSTEIN, *Hippolyte Taine*, ed. cit., págs. 28 y 29.

(193) Sobre Aulard y la ideologización de la cátedra de la Sorbona, F. FURET, “Histoire Universitaire de la Révolution”, en F. FURET y M. OZOUF, *Dictionnaire Critique de la Révolution Française*, ed. cit., págs. 979-997; J. GODECHOT, *Un jury...*, ed. cit., págs. 231-282.

(194) Probablemente porque su obra fue, como observó Gérard, “la máquina de guerra más eficaz que desde Burke se haya lanzado contra la Revolución francesa” (Alice GERARD, *La Révolution française, mythes et interprétations* [1970], trad. española, *Mitos de la Revolución Francesa*, Ediciones Península, Barcelona, 1973, pág. 79).

(195) M. LEROY, *Taine*, ed. cit., pág. 22.

(196) Otros autores han señalado la misma causa, así, P. V. RUBOW, *Hippolyte Taine...*, ed. cit., págs. 115-124.

(197) A. de MARGERIE, *H. Taine*, ed. cit., pág. 329.

za (198). Algunos de los reproches de carácter histórico serían posteriormente repetidos una y otra vez. Para un republicano radical, empeñado en la política sectaria de la Tercera República a fin de consolidarla, que reclamaba la herencia intangible de la Revolución, era un escándalo la forma en que Taine trató a las ideas del 89 y a los hombres del 92 (199). Era inadmisibles que omitiera la guerra exterior, “que fue el origen, sino la excusa, del Terror”, que casi silenciara las reformas de la Asamblea Constituyente (200). La difusión de la obra de Taine le provoca el temor de que “una parte importante de la burguesía haga causa común con el clero y la antigua nobleza en detrimento de la República”; y que “se ponga en peligro su vinculación a los principios del 89, constituye un atentado a la unidad moral de Francia” (201). La obra de Taine era un eslabón de “una guerra en regla, sistemática, incansable” contra la República y un “ataque al patrimonio común de la democracia” (202).

Su alta estima y gran consideración (203), sobre todo manifestada por la derecha política francesa, por una escuela de historiadores próxima a ella, entre los que destacan Madelin (204) y Gaxotte (205), con sendas historias de la Revolución y, especialmente, por *Action Française* (206), que le tuvo por uno de sus maestros y que consideró que con él “comenzó el proceso de la

(198) Joseph REINACH, “Le procès de la Révolution”, en *La politique opportuniste 1880-1889*, Bibliothèque-Charpentier, París, 1890, págs. 333 y 341-342.

(199) J. REINACH, *La politique opportuniste 1880-1889*, ed. cit., págs. 331-332.

(200) J. REINACH, *La politique opportuniste 1880-1889*, ed. cit., pág. 332.

(201) J. REINACH, *La politique opportuniste 1880-1889*, ed. cit., págs. 333 y 334.

(202) J. REINACH, *La politique opportuniste 1880-1889*, ed. cit., págs. 338 y 343.

(203) Además, entre otros, de los ya citados, MARGERIE (su juicio de conjunto en *op. cit.*, págs. 329-330); BOUTMY (*op. cit.*, págs. 37-40), e incluso MONOD (*op. cit.*, págs. 167-171); Pierre LASSERRE (“Aulard contre Taine”, en *Portraits et Discussions*, Mercure de France, París, 1914) que le valora, sobre todo, por explicar la Revolución “por sus causas generales y profundas” (pág. 365), o el italiano Giacomo BARZELLOTTI (*La Philosophie de H. Taine*, Felix Alcan, París, 1900, págs. 345-350).

(204) Louis MADELIN, *La Révolution* (1911), Jules Tallandier, París, 1979.

(205) Pierre GAXOTTE, *La Révolution française* (1928), edición de Jean Tulard, Complexe, Bruselas, 1988.

(206) Véase el favorable juicio de Maurras sobre “el segundo” Taine en *Dictionnaire politique et critique*, ed. cit., tomo V, págs. 314-324.

Revolución” (207) —pese a discrepancias notables, sobre todo sobre el “espíritu clásico” como causa de aquel desastre (208)—, no fue suficiente para impedir que fuera ahogada en el ámbito universitario, como tampoco fue suficiente la buena acogida del público puesta de manifiesto por las continuas ediciones.

Recibió la crítica de los historiadores radicales Aulard y Seignobos y más tarde la de historiadores socialistas y marxistas, como Jaures, Mathiez, Lefebvre o Soboul (209).

El caso de Seignobos resulta ilustrativo y esclarecedor, porque su descalificación de Taine como historiador se realiza después de enjuiciar y valorar la obra de Renan. Es patente que no los midió con el mismo rasero, sino que utilizó dos pesos y dos medidas. Seignobos le reprochó “trasladar a la historia las leyes de la biología”, reproche, por otra parte inconsistente cuando se añade que “es cierto que no hace de ello un uso práctico” (210). Así mismo, le achacó que “la teoría de los «tres factores»: medio, raza, momento”, “obstaculizó el trabajo de historiador”, de forma que “estos tres fantasmas a veces le han ocultado la vista de los hechos reales” (211).

Con todo, para Seignobos, no fue tanto su filosofía como su pensamiento político, lo que perjudicó su obra como historiador: “Mas que por teorías filosóficas, Taine se dejó guiar en el estudio de los hechos concretos por su doctrina política”, que “descansa-

(207) Louis DIMIER, *Les maîtres de la Contre-Révolution au dix-neuvième siècle*, Librairie des Saints-Pères, París, 1907, pág. 189.

(208) Estanislao CANTERO, “La Revolución francesa vista por Maurras”, *Aportes*, año V, núm. 12, febrero 1990, págs. 63-68.

(209) No sólo de ellos. Pero la crítica no envenenada por el partidismo político fue más matizada y ponderada; así, la de Jules LEMETTRE (*Les contemporains. Études et portraits littéraires. Sixième Série*, Lecène, Oudin et Cie., París, 1896, págs. 308-312), la de Charles PICARD (*H. Taine*, ed. cit., págs. 17, 23 y *passim*), la de FUETER (Ed. FUETER, *Geschichte der neuen historiographie*, trad. esp., *Historia de la historiografía moderna*, ed. cit., vol. II, págs. 262-272) o, más recientemente, la de Colin EVANS (*Taine. Essai de biographie intérieure*, ed. cit., págs. 435-541, especialmente, págs. 481-490) o la de Leo WEINSTEIN (*Hippolyte Taine*, ed. cit., págs. 122-142).

(210) Charles SEIGNOBOS, “L’Histoire” en L. PETIT DE JULLEVILLE (dir.), *Histoire de la Langue et de la Littérature française des origines à 1900*, Librairie Armand Colin, París, 1908, tomo VIII, (págs. 258-310), pág. 270.

(211) C. SEIGNOBOS, “L’Histoire”, ed. cit., pág. 271.

ba en dos ideas fundamentales”: “la creencia en la vileza incurable de la naturaleza humana” y “la teoría aristocrática liberal y conservadora de Burke” (212). A ello añadía que Taine carecía de experiencia, lo que, sin decirlo, supone considerarle un aficionado, pues hasta los *Orígenes* no se había ocupado de la historia, por lo que desconocía los métodos apropiados para su estudio y sus fuentes eran vagas e inexactas, al tiempo que carecía del suficiente espíritu crítico para valorar correctamente las fuentes que, muchas veces, eran sospechosas (213). Al mismo tiempo, le achacó que sus generalizaciones a partir de una pluralidad de hechos singulares eran erróneas (214), y que era parcial, por “olvidar los actos de los adversarios de la Revolución”, “para hacer parecer monstruosa la llegada al poder de los jacobinos” (215); además, ignoraba la evolución de las sociedades desconociendo lo que pasó en la historia de otras naciones como Estados Unidos, Suiza, Alemania e Inglaterra (216).

Años más tarde, más concisamente, Seignobos le achacaba desconocer las transformaciones de las sociedades, su evolución, por lo que cayó en “un fatalismo conservador”, conforme al cual, “cada nación tiene unas instituciones propias, producto de su temperamento especial, apropiadas a su raza, que no se pueden cambiar. Si intenta hacerlo, cae en el caos”. A su juicio, tal era, según Taine, “toda la filosofía de la historia de Francia desde la Revolución” (217).

Tal juicio, pretendidamente demoleedor de Taine, contrasta con su benevolencia hacia Renan, al que no se le reprocha haber tenido una filosofía del hombre que “nunca abandonó” (218), como tampoco se le reprocha no haber hecho obra de investigación, pues se limitó a hacer “un simple inventario de los resulta-

(212) C. SEIGNOBOS, “L’Histoire”, ed. cit., pág. 271.

(213) C. SEIGNOBOS, “L’Histoire”, ed. cit., págs. 273 y 274.

(214) C. SEIGNOBOS, “L’Histoire”, ed. cit., pág. 275.

(215) C. SEIGNOBOS, “L’Histoire”, ed. cit., pág. 277.

(216) C. SEIGNOBOS, “L’Histoire”, ed. cit., págs. 277-278.

(217) C. SEIGNOBOS, *Études de politique et d’histoire*, Les Presses Universitaires de France, París, 1934, págs. 122-124, cit., pág. 124.

(218) C. SEIGNOBOS, “L’Histoire”, ed. cit., pág. 260.

dos conseguidos” por otros investigadores, eligiendo a su gusto para hacer una obra personal (219). Y a pesar de que indique los continuos *quizás* de Renan, a pesar de que advierta que Renan mantiene la leyenda en la historia, a pesar de que observe que “su obra de erudición se mezcla con la obra de imaginación y ya no se puede separar el arte de la ciencia” (220), lejos de surgir la descalificación o el reproche, se dice que ante todo era un fino psicólogo (221), y que “en toda la literatura histórica del mundo no encontraremos una obra en la que un pensamiento tan inteligente se haya expresado con idéntica gracia y elegancia” (222).

Aulard, el historiador oficial de la Tercera República, sin tapujo alguno, expresó el fondo ideológico y no histórico del rechazo, al reprocharle que no hubiera puesto sus “procedimientos históricos al servicio de la república democrática” (223). Las principales objeciones de Aulard para el que Taine no hizo una obra histórica (224) sino literaria, completamente inútil para la historia (225) —e, indirectamente, las de Seignobos en cuanto coincidían con aquélla— fueron refutadas por Cochín (226) —otro autor maldito, *liquidado* por Aulard y Mathiez (227), a pesar de que éste

(219) C. SEIGNOBOS, “L’Histoire”, ed. cit., pág. 263.

(220) C. SEIGNOBOS, “L’Histoire”, ed. cit., págs. 264 y 265.

(221) C. SEIGNOBOS, “L’Histoire”, ed. cit., pág. 266.

(222) C. SEIGNOBOS, “L’Histoire”, ed. cit., pág. 267.

(223) Alphonse AULARD, *Taine historien de la Révolution Française*, Librairie Armand Colin, París, 1907, pág. VI.

(224) Leger destacó la inconsistencia de la crítica de Aulard a Taine desde la perspectiva histórica, así como que a Aulard, cuya concepción histórica se centraba en la reconstrucción fiel del hilo cronológico de los acontecimientos, le repugnaba la concepción de la historia que tenía Taine, centrada en los movimientos de civilización y en las causas generales, por lo que Taine, en *Los orígenes*, además de historiador fue filósofo (F. LEGER, “Taine historien: «Les origines de la France contemporaine»”, *Revue Philosophique de la France et de l’Étranger*, núm. 4, octubre-diciembre 1987, págs. 463-476, cit., págs. 475-476).

(225) A. AULARD, *Taine historien...*, ed. cit., págs. 327 y 330.

(226) Augustin COCHIN, “La crise de l’histoire révolutionnaire: Taine et M. Aulard”, en *L’esprit du jacobinisme*, prólogo de Jean Baechler, Presses Universitaires de France, París, 1979, págs. 95-159.

(227) F. FURET, *Pensar la Revolución francesa*, Petrel, Barcelona, 1980, págs. 209-255.

durante unos años le había apoyado contra Aulard (228)—, aunque ello no fue suficiente para cambiar el sesgo de la historiografía y de la historia oficiales.

Jaurès, Mathiez y Lefebvre también se encargaron de desacreditar su obra. Jaurès, que consideró su interpretación “falsa e infantil” y le acusó de sustituir “la visión clara y exacta de los hechos por una escolástica fútil y una ideología reaccionaria” (229). Mathiez, que le reprochó tener ideas preconcebidas y hacer mala sociología (230) —acusación similar a la de Lacombe (231)—, estimaba que la clave de *Los orígenes*, que no era más que un “panfleto”, estaba en que Taine “no podía comprender la historia y, menos aun, la de la Revolución, porque no entendía al pueblo”, porque “políticamente era un reaccionario” (232).

La influencia de tales argumentos se dejó sentir en otros historiadores, pues Henri Sée, siguiendo de cerca a Seignobos, sin citarles, pero sí a Aulard, a Mathiez y a Lacombe, aun reconociendo en la obra de Taine “intuiciones fecundas” y que no sólo fue un “animador” como Michelet, sino también un “iniciador” (233), dejando a salvo siempre su buena fe (234), le reprocharía no ser historiador profesional, por lo que utilizó los documentos sin un

(228) Véase Fred. E. SCHRADER, *Augustin Cochin et la République Française*, Éditions du Seuil, París, 1992, págs. 104-127.

(229) Jean JAURÈS, *Histoire socialiste de la Révolution Française. La Constituante*, edición de Albert Soboul y prólogo de Ernest Labrousse, París, 1983, vol. I, primera parte, págs. 96, 1.ª col. y 97, 1.ª col.; véanse las págs. 96-102.

(230) Albert MATHIEZ, “Taine Historien”, *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, (1906-1907), tomo VIII (págs. 257-284), págs. 283, 271 y 276.

(231) Lacombe casi no se fija en los hechos, sino que es la interpretación de la Revolución lo que ataca. En su opinión, los juicios históricos de Taine son erróneos porque se adapta a una sociología equivocada. Sin embargo, el crítico incurre, más que Taine, en partidismo, como es la ideología suministrada por los principios del 89, que para este republicano, son intangibles (Paul LACOMBE, *Taine, historien et sociologue*, V. Giard et E. Briène, París, 1909, *passim*).

(232) A. MATHIEZ, “Taine Historien”, ed. cit., págs. 282, 259 y 262. La crítica a Taine remite, con frecuencia, a las anteriores de Aulard, Seignobos y Lacombe.

(233) Henri SÉE, “Quelques remarques sur Taine historien” y “Taine et la conception de l'aristocratie bienfaisante”, en *Science et Philosophie de l'Histoire*, Félix Alcan, 2.ª ed., París, 1933, pág. 421.

(234) H. SÉE, *Science et Philosophie de l'Histoire*, ed. cit., pág. 395.

método riguroso (235), tener ideas preconcebidas, especialmente, tener “una idea preconcebida de la Revolución francesa y de su obra”, por lo que “las juzga perjudiciales antes de comenzar su trabajo” (236), y considerar a la aristocracia bienhechora (237). Pero tal crítica, de ser cierta, no prueba nada; se puede llegar a ser historiador sin haberlo sido al principio de su andadura intelectual; y con ella se descalifica, igualmente por ideas preconcebidas, a quienes consideran, antes de iniciar su estudio, que la Revolución fue beneficiosa o que la aristocracia era una rémora. Es decir, a los “grandes” historiadores de la Revolución.

Lefebvre, le acusó de escribirla “con una idea *præconcebida*” y de que “se documentó para demostrarla”; de “edificar un sistema *a priori*”; de que “abordó esta historia con ideas y sentimientos preconcebidos poco favorables a la investigación positiva” (238).

Por su parte, Soboul, que le menciona en alguna ocasión, generalmente para indicar que se equivocó, dijo de los *Orígenes* que era una “obra denigrante y colérica. Habiendo vivido la Comuna de 1871, Taine trasladó su miedo y su odio sobre el pueblo del Noventa y tres. No se puede negar a *Los orígenes* inteligencia y sensibilidad. Pero se trata de una inteligencia dogmática: no pretende explicar, sino demostrar; sensibilidad erizada que paraliza el espíritu crítico”, que se trataba de una obra “caracterizada por un violento partidismo antirrevolucionario” (239).

Esta crítica no fue solo producto de los *grandes historiadores* de la Revolución, a la que cabría añadir algún otro, como el ya mencionado Godechot. Todavía en 1988, en tono entre despectivo e irónico, se liquida a Taine, al que se acusa de mala fe (240), con los mismos argumentos de aquellos historiadores (241).

(235) H. SEE, *Science et Philosophie de l'Histoire*, ed. cit., págs. 395, 421.

(236) H. SEE, *Science et Philosophie de l'Histoire*, ed. cit., pág. 384.

(237) H. SEE, *Science et Philosophie de l'Histoire*, ed. cit., págs. 397-421.

(238) Georges LEFEBVRE, *La naissance de l'historiographie moderne*, Flammarion, París, 1971; trad. esp., *El nacimiento de la historiografía moderna*, Martínez Roca, Barcelona, 1974, págs. 254, 256 y 258.

(239) Albert SOBOUL, *La Civilisation et la Révolution Française*, Arthaud, París, 1988, págs. 178 y 428.

(240) Dominique AUBRY, *Quatre-vingt-treize et les jacobins. Regards littéraires du 19^e siècle*, Presses Universitaires de Lyon, Lyon, 1988, págs. 111 y 301.

(241) D. AUBRY, *Quatre-vingt-treize et les jacobins...*, ed. cit., págs. 110-116, 187, 220.

Sin embargo, la crítica que se le puede hacer por no considerar suficiente el método empleado —fuera o no el teorizado por él mismo—, de ningún modo cabe extenderla para invalidar buena parte de su obra (242), y no parece que se pueda sostener que el resultado de su investigación —la de *Los orígenes*— obedezca a un punto de partida previo, a prejuicios o a la voluntad de probar una tesis previamente concebida para defender una tesis política (243). Pero, incluso aunque hubiera sido así, su resultado fue más acertado que erróneo respecto al juicio global sobre la Revolución y sus protagonistas (244).

De hecho, se ha prescindido de que Taine en absoluto pretendió hacer una historia de la Revolución, o se ha querido desconocer que nunca tuvo ese propósito. *Los orígenes* no son una *historia* de la Revolución. Como ha resaltado Tanguy, el título de su obra lo dice todo: el objeto de su estudio fueron los orígenes de la Francia contemporánea. Y en el descubrimiento de estos orígenes —de los orígenes del Régimen nuevo producido por la Revolución, a su vez originada por el Antiguo Régimen (245)—, queda bien claro que Taine pone de manifiesto que la Revolución francesa, tanto en su primera etapa como en la del terror, trae causa, aunque ésta no fuera la única, de la disolución del Estado, de su poder organizado y de la pérdida de la autoridad, todo lo cual daría lugar a la anarquía de donde surgió el poder jacobino al que puso fin Bonaparte convirtiendo la sociedad en un

(242) Croce, con nula ecuanimidad, rechazó y condenó, no sólo la obra histórica, sino toda la obra de Taine (B. CROCE, *La Storia come pensiero e come azione*, ed. cit., págs. 173-179). Quizá porque le supo mal que señalara al racionalismo como enfermedad, cuando, por el contrario, “es una forma permanente del espíritu humano y una de sus fuerzas necesarias” (pág. 178).

(243) Según mostró Digeon, con bastante claridad, esta imputación hecha a Taine carece de base real (Claude DIGEON, *La crise allemande de la pensée française (1870-1914)* (1959), Presses Universitaires de France, 2.ª ed., París, 1992, págs. 227-234).

(244) Así lo indicó, en su día, con razón, Bellessort (André BELLESSORT, *Les intellectuels et l'avènement de la Troisième République*, Bernard Grasset, 2.ª ed., París, 1931, pág. 227).

(245) H. TAINE, *Les origines de la France Contemporaine*, vol. I, *L'Ancien Régime*, tomo 1.º, 33.ª ed., Librairie Hachette, París, s.f., prólogo, pág. VIII.

cuartel (246): “Según sus propias palabras, el régimen que trae es «la alianza de la filosofía y del sable». Por filosofía, se entendía entonces, la aplicación de los principios abstractos a la política, la construcción lógica del Estado con arreglo a unas nociones generales y simples, un plan social uniforme y rectilíneo. Pero, como hemos visto, la teoría comporta dos planes, uno anárquico y otro despótico. Naturalmente, es el segundo el que el amo adopta, y de acuerdo con este plan, construye, como hombre práctico, con una de cal y otra de arena, un edificio sólido, habitable, bien apropiado para su objeto. Todas las masas de la gran obra, código civil, universidad, concordato, administración prefectoral y centralista, todos los detalles de instalación y de distribución, concurren a un efecto de conjunto, que es la omnipotencia del Estado, la omnipresencia del gobierno, la abolición de la iniciativa local y privada, la supresión de las asociaciones voluntarias y libres, la dispersión gradual de los pequeños grupos espontáneos, la prohibición preventiva de longevas obras hereditarias, la extinción de los sentimientos con lo que vive el individuo, más allá de sí mismo, en el pasado y en el futuro. Jamás se ha hecho un cuartel más hermoso, más simétrico, de aspecto más decorativo, más satisfactorio para la razón superficial, más aceptable para el buen sentido vulgar, más cómodo para el egoísmo de corto alcance, mejor mantenido y más limpio, mejor dispuesto para disciplinar las partes medias y bajas de la naturaleza humana, para marchitar o echar a perder las partes más altas de la naturaleza humana. En este cuartel filosófico vivimos desde hace ochenta años” (247).

Cuando Taine, en su *Tito Livio* (1856), describía las cualidades que debe tener el crítico que encara la historia y el modo con el que debe elaborar su obra, sin duda estaba describiendo no sólo su propio pensamiento, sino, también, la manera en que creía

(246) Jean-François TANGUY, “Hippolyte Taine et l’anarchie. Le thème de la dissolution de l’Etat dans les origines de la France contemporaine”, en VV.AA., *Le XIX^e siècle et la Révolution française*, Editions Créaphis, París, 1992 (págs. 329-345), págs. 333, 336-340.

(247) H. TAINE, *Les origines de la France Contemporaine*, vol. VIII, *La Révolution. Le Gouvernement révolutionnaire*, tomo 2.º, 29.ª ed., Librairie Hachette, París, 1929, págs. 430-431.

obrar, que, en líneas generales, permaneció en obras posteriores. “La crítica —escribía— recoge todo lo verdadero, nada más que lo verdadero (...). El historiador que trata la historia como ella merece, es decir, como ciencia”, “no piensa ni en alabar ni en censurar; no quiere ni exhortar a sus oyentes a la virtud, ni instruirles en la política. No es de su incumbencia excitar el odio o el amor, mejorar los corazones o los espíritus; poco le importa que los hechos sean feos o hermosos; no tiene almas a su cuidado; no tiene como deber y como deseo más que suprimir la distancia de los tiempos, poner al lector frente a frente con los objetos, hacerle conciudadano de los personajes que describe y contemporáneo de los acontecimientos que cuenta” (248). En esa tarea, acumulará un sinfín de hechos de todas clases que verificará con pruebas consideradas irrefutables, y con tal andamiaje, construirá su edificio constituido por los hechos generales, por las líneas maestras que expresan y explican la historia, que es otra cosa diferente de la crónica o de la cronología (249). Con estas ideas, no siempre seguidas a rajatabla, Taine abordó el estudio de las causas de la situación de Francia y su resultado fue una sorpresa para él mismo que hasta entonces participaba de la creencia más extendida en Francia sobre la Revolución. En efecto, aún en la edición de 1869 de su *Historia de la Literatura Inglesa*, reprochaba a Carlyle no haber visto más que el mal en la Revolución francesa y, por tal motivo, haberla juzgado injustamente (250). Al lado del mal había que añadir el bien, así como destacar las virtudes al lado de

(248) H. TAINE, *Essai sur Tite Live*, ed. cit., pág. 30.

Algo análogo había dicho —y hecho— en su *Filosofía del Arte*: “Nuestra filosofía es moderna y se diferencia de la antigua en que es histórica y no dogmática, es decir, que no impone preceptos sino que constata leyes. La antigua estética, en primer lugar, definió lo bello y decía, por ejemplo, que lo bello es la expresión del ideal moral, o bien que es la expresión de lo invisible o, incluso, que es la expresión de las pasiones humanas; y, después, partiendo de ahí como de un artículo del código, absolvía, condenaba, amonestaba y guiaba (...). Mi único deber es exponerles los hechos y mostrarles cómo se han producido (...). Así comprendida, la ciencia ni proscribire ni perdona; constata y explica” (H. TAINE, *Philosophie de l'Art*, ed. cit., tomo I, pág. 12).

(249) H. TAINE, *Essai sur Tite Live*, ed. cit., págs. 30-34 y 124-131.

(250) H. TAINE, *Histoire de la Littérature Anglaise*, ed. cit., 2.^a ed., 1869, tomo V, pág. 319.

los vicios: la creencia en la verdad probada, la justicia como fundamento de la sociedad, el amor por la humanidad, el valor, la generosidad y el entusiasmo (251).

Con apariencia de objetividad se ha objetado a Taine sus prejuicios y apriorismos por no haber tenido en cuenta la alianza de los adversarios de la Revolución con el extranjero o la actividad de la aristocracia, como si, de ese modo, quedara explicada la conducta de los jacobinos y del Terror. La objeción es falsa, porque aquellos hechos no explican la política y la voluntad de exterminio de los revolucionarios. Las tristemente famosas matanzas de septiembre (252), el exterminio de la Vendée (253), el Tribunal revolucionario (254) o el Terror (255), por ejemplo, nada deben a la guerra exterior o al complot aristocrático. La tesis de “las circunstancias” son tan explicativas como la pretensión de explicar “la solución final” de Hitler porque había comprendido que se perdía la guerra. E indignarse por los epítetos descalificadores y descriptivos de los principales revolucionarios como Marat —“el más monstruoso”, “loco lúcido” y “sapo lívido” (256)—, Dantón —“fanático pedante”, “caballo de noria”, “bárbaro” o “carnicero” (257)—, Robespierre —“pedante”, “supremo aborto y fruto seco del espíritu clásico”, “cerebro corto”, “gato”, “impostor y mentiroso”, “hipócrita” o “verdugo” (258)—, o Carrier —“loco” y “perro

(251) H. TAINE, *Histoire de la Littérature Anglaise*, ed. cit., tomo V, págs. 320-322.

(252) Frédéric BLUCHE, *Septembre 1792. Logiques d'un massacre*, prólogo de Jean Tulard, Robert Laffont, París, 1986.

(253) Reynald SECHER, *Le Génocide Franco-Français: La Vendée-Vengé*, prólogos de Jean Meyer y de Pierre Chaunu, Presses Universitaires de France, 2.^a ed., París, 1988; IDEM, *La Chapelle-Basse-Mer, village vendéen. Révolution et Contre-Révolution*, Librairie Académique Perrin, París, 1986.

(254) Jean-François FAYARD, *La justice révolutionnaire. Chronique de la Terreur*, prólogo de Pierre Chaunu, Robert Laffont, París, 1987.

(255) François FURET, “Terreur”, en F. FURET y M. OZOUF, *Dictionnaire Critique de la Révolution française*, ed. cit., págs. 156-169.

(256) H. TAINE, *Les origines de la France contemporaine*, vol. VII, *La Révolution. Le gouvernement révolutionnaire*, tomo I, 30.^a ed., Librairie Hachette, París, s.f., págs. 197, 205 y 232.

(257) H. TAINE, *Les origines de la France contemporaine*, ed. cit., vol. VII, págs. 216, 222 y 232.

(258) H. TAINE, *Les origines de la France contemporaine*, ed. cit., vol. VII, págs. 235, 236, 254, 260, 262-263, 266 y 272.

rabioso” (259)—, o hacerlo por el vocabulario injurioso para con la muchedumbre revolucionaria, supone situar la crítica en la superficie de las cosas, renunciar al fruto por sus espinas, y, en ciertos casos, hacer un ejercicio de hipocresía. Así, que la composición social o la profesión de quienes participaron en las jornadas más revolucionarias y violentas, desmientan que no eran “la hez de la sociedad” como pretendía Taine (260), no es lo verdaderamente importante. Taine se equivocó al decir de ellos que eran “bandidos”, “vagabundos”, “harapientos” o “ladrones”, pero acertó plenamente al calificar sus hechos, su comportamiento, como propio de la hez de la sociedad.

Si en la narración de *Los orígenes* pudiera parecer que, con frecuencia, se aparta de la asepsia propia del crítico, anteriormente proclamada, y que su pluma resulta virulenta, sin embargo, ello no es más que el juicio objetivo del resultado que ha encontrado y la descripción o el retrato de lo horrible. Recriminarle o desautorizarle por ello, sería tanto como hacerlo con el historiador que se indigna ante los crímenes de Stalin, los de Hitler, los de Mao-Tse-Tung o los de Pol Pot y los relata y describe como bestiales e impropios del comportamiento normal de los hombres. Como escribió Gibaudan, “a las observaciones y generalizaciones del sabio se superpusieron las indignaciones y reprobaciones del hombre honrado” (261). O como indicó Evans (262), ser imparcial no supone ser indiferente (263). Y es que, según Brunetière, “la

(259) H. TAINE, *Les origines de la France contemporaine*, ed. cit., vol. VII, págs. 337 y 339.

(260) GEORGE RUDE, *The Crowd in the French Revolution* (1959), trad. francesa, *La foule dans la Révolution française*, prólogo de Georges Lefebvre, François Maspero, París, 1982.

(261) R. GIBAUDAN, *Les idées sociales de Taine*, ed. cit., pág. 172.

(262) C. EVANS, *Taine. Essai de biographie intérieure*, ed. cit., pág. 488.

(263) Es curioso que dos autores no franceses, muy críticos con el método de Taine —tanto del teorizado como del realmente aplicado en sus obras—, como el suizo Fueter y el alemán Cassirer, sin embargo, resaltaron la importancia de *Los orígenes*, y salvaron, precisamente, lo que a los historiadores galos antitainianos parecía molestarles más: su descripción del espíritu de los jacobinos y el tratamiento de los fenómenos relativos a la historia del espíritu (FUETER, *Historia de la historiografía moderna*, ed. cit., vol. II, pág. 269); “pintar retratos individuales de una gran fidelidad y trazar en unos cuan-

ambición permanente de Taine fue establecer el fundamento objetivo del juicio crítico” (264), de tal modo que si en la evolución de sus obras cabe advertir la aparición de un criterio estético para juzgar el arte, para caracterizar a la Revolución llegó a la necesidad de un criterio moral (265). Quizá con ello su teoría resultó dañada, pero no así el resultado.

Será preciso acercarse a la revisión propiciada por el bicentenario (266) para que su obra —*Los orígenes*—, sin olvidar los años en que fue escrita —y por ello, lo que tiene de caduco como toda obra de historiador—, sea estimada por los nuevos historiadores mucho más libres de prejuicios. Con todo, Taine no puede ser considerado un pensador tradicional (267), puesto que, en feliz expresión de Gasparini, su obra, su obra de historiador y el pensamiento manifestado en ella, constituye una “laicización del tradicionalismo” (268).

Tanto Taine como Renan influyeron, sin duda, en *cierta derecha*, pero, también, en *cierta izquierda*, pues no debe olvidarse que la influencia de Taine comenzó veinte años antes de que *Los orígenes* desataran las pasiones en su contra. De Barrès o Bourget a France o Zola, buen número de escritores consideraron a Taine su maestro (269). No se debe olvidar que Taine y Renan, en los años

tos rasgos el panorama completo de una época”, lo que “le asegura un valor perdurable” (Ernst CASSIRER, *Das Erkenntnisproblem in der Philosophie und Wissenschaft der neueren Zeit*, trad. esp. *El problema del conocimiento en la Filosofía y en la Ciencia modernas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986, vol. IV, pág. 308).

(264) F. BRUNETIÈRE, *Discours de combat*. *Nouvelle Série*, ed., cit., pág. 231.

(265) F. BRUNETIÈRE, *Discours de combat*. *Nouvelle Série*, ed., cit., págs. 238-239.

(266) E. CANTERO, “La Revolución francesa: recapitulación historiográfica”, *Aportes*, año V, núm. 12, febrero 1990, págs. 20-29.

(267) Gengembre, al ocuparse de él en la historia de la contrarrevolución, le considera como un contrarrevolucionario no tradicional, sobre todo por prescindir de Dios (Gerard GENGEMBRE, *La Contre-Révolution ou l'histoire désespérante*, Imago, París, 1989, págs. 304-306).

En cambio, Bizière y Vayssière destacan “su tradicionalismo clavado al cuerpo”, lo que es insostenible (Jean Maurice BIZIÈRE y Pierre VAYSSIÈRE, *Histoire et historiens. Antiquité, Moyen Age, France moderne et contemporaine*, (1995), Hachette, París, 2004, pág. 155).

(268) E. GASPARINI, *La pensée politique d'Hippolyte Taine...*, ed. cit., págs. 81-85.

(269) M. LEROY, *Taine*, ed. cit., pág. 56.

setenta del siglo XIX llegaron a ejercer en Francia una especie de “dominio intelectual”, encarnando ese espíritu científicista, que Fonsegrive calificó de “superstición de la ciencia” (270), que elevó a la categoría de nuevo y único dogma laico, “que la razón humana puede llegar a conocerlo todo y que fuera de las verdades descubiertas por la razón y catalogadas por la ciencia, no hay ni puede haber nada verdadero” (271). Y ese espíritu influyó mucho más en la izquierda que en la derecha; desde luego no lo hizo en la derecha católica más que para rechazarlo y combatirlo. Antes de *Los orígenes*, “estaba puesto por la mayoría de sus lectores en las filas de lo que pudiera llamarse el grupo de la extrema izquierda del pensamiento contemporáneo” (272).

No es, por tanto, exacto, pues induce a error, presentarlos como padres de “la derecha revolucionaria”, del “fascismo francés” (273) —si es que esta expresión es de utilidad, lo que, cuando menos, es dudoso—, y silenciar, pese a su evolución, su esencial, o, por lo menos, preponderante, pensamiento *revolucionario*; y esto, a pesar de que, sin haberse ocupado directamente de la política, desde el desastre de Sedan, como recordaba su sobrino político, Taine se manifestará contrario al sufragio universal, tal como se practicaba en Francia, al socialismo y a la centralización del Estado revolucionario surgidos de la Revolución (274). Una cosa es la errónea apreciación derivada de considerar absolutamente necesarios unos hechos debido a sus causas —engendrados, teóricamente, por la raza, el medio y el momento— y otra, muy diferente, negar que sus análisis de filosofía social así como las

(270) George FONSEGRIVE, *L'évolution des Idées dans la France Contemporaine. De Taine à Péguy*, Bloud et Gay, París, 1921, pág. 17.

(271) G. FONSEGRIVE, *L'évolution des Idées dans la France Contemporaine*, ed. cit., págs. 18 y 19.

(272) P. BOURGET, *H. Taine*, ed. cit., pág. 7.

(273) Zeev STERNHELL, *La droite révolutionnaire. Les origines françaises du fascisme. 1885-1914* (1978), Éditions du Seuil (col. Points-Histoire), París, 1984, págs. 84-88 y *passim*; *Ibid.*, *Ni droite ni gauche. L'idéologie fasciste en France* (1983), Complexe, Bruselas, 1987, págs. 13-16 y *passim*; Ariane CHEBEL D'APPOLLONIA, *L'extrême droite en France. De Maurras a Le Pen*, Complexe, Bruselas, 1988, págs. 16, 45-47.

(274) G. SAINT-RENÉ TAILLANDIER, *Au près de M. Taine...*, ed. cit., págs. 50 y 92-94.

conclusiones sociales derivadas de unos hechos concretos, carezcan de valor. Por ello Nève, indicó que lo mejor de Taine se encontraba aquí. Y es en esta faceta donde estuvo, sobre todo, su mejor influencia en *Acción francesa* (275). Su crítica a la centralización y a la acumulación de poder en el Estado, su defensa de las asociaciones y de los cuerpos intermedios, su oposición a la enseñanza estatal y su defensa de la libertad de enseñanza, su oposición a todo aquello que conduce al totalitarismo, por ejemplo, le aproximan al liberal Tocqueville, con el que, ciertamente no coincidía en su valoración del sufragio universal y de la democracia.

(275) Maurras decía que en Taine se encuentra la idea de la existencia “de un cuerpo de leyes políticas independientes de la voluntad de los electores y dependientes del carácter de los pueblos, de sus condiciones y de sus circunstancias”; y que Taine “contribuyó a hacer comprender la existencia de leyes políticas y sociales, la realidad de un orden de necesidades no categóricas, no absolutas, sino condicionales aunque inflexibles, que son previas a la actividad política y social del hombre” (C. MAURRAS, *Dictionnaire politique et critique*, ed. cit., tomo V, págs. 315, 2.^a columna y 323, 1.^a columna).